



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Grado en Traducción e Interpretación

TRABAJO FIN DE GRADO

Los salones literarios

Presentado por Ana Luengo Fraile

Tutelado por Lourdes Cerrillo Rubio

Soria, 2016

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, agradecer la labor de Lourdes. Gracias por delimitar el camino y hacer que mantenga los pies en la tierra.

Del mismo modo, me gustaría dar las gracias a mi familia por confiar en mí y haber hecho posible que estuviera aquí, investigando para acabar mi carrera.

En tercer lugar, a todos aquellos viejos y reciente amigos que han creído en mí en momentos que ni yo misma creía. Gracias, de verdad, algunos de vosotros habéis sido mi familia en Soria cuando la de sangre no estaba presente.

Por último, un agradecimiento especial a todas aquellas personas rebeldes que han existido y existen, y en las cuales se basa mi trabajo. Gracias por ser valientes, por ir contracorriente, saltarse las normas y atreverse a ser críticos.

A todos los lectores os digo:

¡Sapere aude!

ÍNDICE

| | | |
|--------|--|----|
| 1. | INTRODUCCIÓN | 2 |
| 1.1 | Justificación del tema | 3 |
| 1.2. | Vinculación del tema con las competencias del grado en Traducción e Interpretación | 4 |
| 1.2.1. | Competencias generales..... | 4 |
| 1.2.2. | Competencias específicas..... | 5 |
| 2. | OBJETIVOS | 7 |
| 3. | METODOLOGÍA Y PLAN DE TRABAJO | 8 |
| 4. | DESARROLLO. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA..... | 10 |
| 4.1. | La Europa ilustrada: panorama | 10 |
| 4.2. | La Ilustración en Francia..... | 13 |
| 4.2.1. | El mundo político | 13 |
| 4.2.2. | El ambiente religioso | 14 |
| 4.2.3. | La vida social | 15 |
| 4.2.4. | El universo cultural | 17 |
| 4.2.5. | Evolución del papel de la mujer: siglos XVII y XVIII | 20 |
| 4.2.6. | El contexto ilustrado y la lengua francesa | 22 |
| 4.3. | La cultura de la conversación | 29 |
| 4.3.1. | El término: concepto y etimología | 29 |
| 4.3.2. | La naturaleza de la conversación: aproximación a su historia | 31 |
| 4.3.3. | El silencio como parte fundamental de una conversación | 39 |

| | | |
|----------|------------------------------------|----|
| 4.4. | Los salones literarios | 43 |
| 4.4.1. | Etimología y definición..... | 43 |
| 4.4.2. | Orígenes del salón literario | 45 |
| 4.4.3. | Salones literarios en Europa | 47 |
| 4.4.3.1. | Francia..... | 47 |
| 4.4.3.2. | Reino Unido | 54 |
| 4.4.3.3. | Alemania..... | 57 |
| 4.4.3.4. | Italia..... | 59 |
| 4.4.3.5. | España | 62 |
| 5. | CONCLUSIONES..... | 66 |
| 6. | REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS | 68 |

RESUMEN

Los salones literarios fueron un fenómeno cultural que alcanzó la cúspide de su esplendor en el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, en Francia, desde donde se propagaron por las capitales más importantes de Europa y América. Consistentes en la celebración de reuniones de carácter eminentemente cultural y político, los salones literarios estuvieron dirigidos por *salonnières* -mujeres cultas, generalmente aristócratas- cuya generosidad, inteligencia y buenos modales pasaron a ser auténticos referentes sociales. Los salones literarios, convocados de manera periódica y con temática especializada, se llevaban a cabo en las suntuosas residencias de las anfitrionas, a las que acudían escritores, intelectuales, filósofos y políticos de diferentes nacionalidades. Por eso, estas reuniones sirvieron para modernizar, democratizar e incentivar el progreso de la sociedad de su tiempo y contribuyeron, de forma notable, a convertir el idioma francés en la *lingua franca* de todo Occidente.

Palabras clave: salón literario – *salonnière* – Ilustración – conversación – lengua francesa

ABSTRACT

Literary salons were a cultural phenomenon that found its magnificence in the XIII century, during the Enlightenment in France, from where they spread through the main capitals of Europe and America. In these salons people celebrated meetings of mainly cultural and political character. They were managed by *salonnières* who were women, generally aristocratic, whose kindness, intellect and good manners led them to become real social models. Their literary salons, convened on a regular basis, had a specific topic and took place in the rich residences of the hostesses, where writers, intellectuals, philosophers and politicians from different countries were the guests. For these reasons, the literary salons were used to modernize, democratize and boost the progress of the society of that time and contributed considerably to making the French language the *lingua franca* of the West.

Key words: literary salon – *salonnière* – Enlightenment – conversation – French language

1. INTRODUCCIÓN

En las primeras escenas de *Amistades peligrosas*¹, película dirigida en el año 1988 por Stephen Frears, en la que se muestra de manera muy verídica la vida cortesana de la Francia del s. XVIII, se puede observar cómo los sirvientes de la Marquesa de Merteuil la visten y la preparan diariamente, para su puesta en escena en la vida pública.

Del mismo modo en que, cuidadosamente, le van poniendo prenda por prenda, pasando por el peinado y el maquillaje, hemos construido el presente trabajo. Capítulo a capítulo iremos plasmando la información necesaria para poder llegar al resultado final: tener una idea general de lo que supuso el movimiento de los salones literarios en Europa; su creación, desarrollo, influencia en la vida social y en la lengua y literatura. Todo ello contextualizado en el Siglo de las Luces.

Desde finales del siglo XVII y durante todo el XVIII, la mentalidad europea sufrió grandes transformaciones. Comenzaron a surgir nuevas corrientes filosóficas que dejaban a un lado la religión para centrarse en la razón y el individuo. En aquel momento, la sociedad seguía siendo jerárquica. Sin embargo, con estas nuevas formas de pensamiento, un grupo de individuos, los llamados ilustrados, pensaba que no era justo que ciertas figuras como reyes u obispos tuvieran más privilegios que los demás, figuras que desempeñaban esa labor por 'gracia divina', es decir, nadie les había elegido por sus aptitudes para esos cargos.

Desgraciadamente, el género femenino no formaba parte de estos cambios. Los ilustrados, por muy modernos que quisieran parecer, seguían teniendo restos del pensamiento conservador y tradicional del pasado y se dejaba ver en la marginación que sufrían las mujeres. Seguían sin poder participar en la vida social; su educación era pobre y escasa y desde su nacimiento estaban destinadas a decantarse por una vida religiosa o por una vida en casa cuidando de la familia.

Hasta este momento, las mujeres, salvo alguna excepción, habían aceptado esta norma no escrita. Sin embargo, de dicha desventaja sacaron algo bueno y decidieron aprovechar este cambio que se estaba produciendo en el continente para evolucionar con ello. Como afirmó la filósofa Amelia Valcárcel (1997), «el feminismo es el hijo no deseado de la Ilustración» (Pérez y Mó, 2005: 146).

¹ Película basada en la novela homónima *Les Liaisons dangereuses* de Choderlos de Laclos (1782)

Teniendo en cuenta estos dos aspectos, el surgimiento de nuevas ideas y corrientes filosóficas y la entrada de la mujer en el panorama público y social, entenderemos mejor el porqué de la necesidad de crear un espacio público en el que cualquier persona pudiera participar y opinar sobre cualquier tema, sin la presión de ser condenado y/o expulsado del territorio por ir en contra del monarca o cardenal de la ciudad. Un lugar de libertad y respeto.

Efectivamente, el lugar creado fueron los salones literarios.

1.1 Justificación del tema

Mi interés y gusto por la cultura ha sido el principal causante de la elección del tema. Pensé que si tendría que pasarme tres meses elaborando un trabajo, al menos que fuera uno que me gustara, con el que aprendiera y ayudara a agrandar mis conocimientos del mundo.

Los salones literarios fueron un fenómeno muy importante e influyente en Europa y que, lamentablemente, en España se conoce poco al respecto. Por esta razón me dispuse a indagar en las entrañas de esta época y en la vida de los ilustrados y de las *salonnières* más significativas, amén de reflejar la necesidad que se dio de crear unos lugares como estos que, con el tiempo, evolucionarían como cuna de la conversación y de los buenos modales, donde el idioma francés llegó a su máximo esplendor y pasó a ser fuente de inspiración modélica para los filólogos de la época.

Una cita muy popular que, por un motivo u otro, me ha acompañado durante la vida, ha sido la del filósofo George Santayana (1905-1906: 284) que dijo «aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo». Reflexionar sobre esta frase te hace ver la importancia de conocer la historia y de poder dar el valor a ciertas personas que, en algunos casos, no han permanecido en la memoria histórica. Personas que, quizás sin ellas, nuestra propia labor de traducción no sería actualmente la misma, o sin las cuales no gozaríamos de la libertad de expresión y religión, entre otras muchas.

1.2 Vinculación del tema con las competencias del grado en Traducción e Interpretación

1.2.1. Competencias generales

La elaboración del presente TFG está estrechamente vinculada a numerosas competencias generales y específicas que se deben haber adquirido durante la etapa formativa universitaria.

Las competencias generales, que se presentan en la memoria del Grado de Traducción e Interpretación, derivan directamente del Real Decreto 1393/2007 de 29 de octubre, de la Ley 3/2007 de Igualdad entre hombres y mujeres, de la Ley 51/2003 de No discriminación y

Accesibilidad de las personas con discapacidad y de la Ley 27/2005 de Cultura de la paz y son las siguientes:

- G1. Que los estudiantes hayan demostrado poseer y comprender conocimientos en el área de estudio (Traducción e Interpretación) que parte de la base de la educación secundaria general, y se suele encontrar a un nivel que, si bien se apoya en libros de texto avanzados, incluye también algunos aspectos que implican conocimientos procedentes de la vanguardia de su campo de estudio.
- G2. Que los estudiantes sepan aplicar sus conocimientos a su trabajo o vocación de una forma profesional y posean las competencias que suelen demostrarse por medio de la elaboración y defensa de argumentos y la resolución de problemas dentro de su área de estudio –Traducción e Interpretación–.
- G3. Que los estudiantes tengan la capacidad de reunir e interpretar datos relevantes (normalmente dentro de su área de estudio) para emitir juicios que incluyan una reflexión sobre temas esenciales de índole social, científica o ética.
- G4. Que los estudiantes puedan transmitir información, ideas, problemas y soluciones a un público tanto especializado como no especializado.
- G5. Que los estudiantes hayan desarrollado aquellas habilidades de aprendizaje necesarias para emprender estudios posteriores con un alto grado de autonomía.
- G6. Que los estudiantes desarrollen un compromiso ético en su configuración como profesionales, compromiso que debe potenciar la idea de educación integral, con actitudes críticas y responsables; garantizando la igualdad efectiva de mujeres y hombres, la igualdad

de oportunidades, la accesibilidad universal de las personas con discapacidad y los valores propios de una cultura de la paz y de los valores democráticos.

Todas estas competencias generales se podrían aplicar a cualquier rama de estudios. Sin embargo, en el presente trabajo destacaría la capacidad de reunir datos relevantes y emitir juicios, al tratarse de un trabajo de investigación puro, y la capacidad para transmitir ideas e información tanto a personas con conocimientos previos en el tema como a las que no, es decir, poner a disposición de todo un trabajo interesante y comprensible.

1.2.2. Competencias específicas

Como complemento a dichas competencias generales, el estudiante de Traducción e Interpretación ha debido adquirir, durante los cuatro años de formación de grado, una serie de competencias específicas que son las que nos diferencian de otros estudiantes para llevar a cabo, en un futuro, labores profesionales en los diferentes ámbitos relacionados con nuestra carrera.

En concreto este TFG podría vincularse con las siguientes competencias:

- E1. Conocer, profundizar y dominar la Lengua B/D de forma oral y escrita en los distintos contextos y registros generales y especializados.
- E2. Analizar, determinar, comprender y revisar textos y discursos generales/especializados en Lengua A/B/D.
- E5. Desarrollar razonamientos críticos y analógicos en Lengua A/B.
- E10. Conocer la cultura y civilización de las Lenguas A/B/C/D y su relevancia para la traducción.
- E12. Conocer la evolución social, política y cultural para comprender la diversidad y la multiculturalidad.
- E13. Identificar con claridad y rigor los argumentos presentes en textos del ámbito político, social y cultural de las lenguas de trabajo.
- E19. Desarrollar un método de trabajo organizado y optimizado gracias al empleo de herramientas informáticas.
- E22. Reconocer el valor de la comunicación verbal y no verbal.

- E24. Reconocer el valor de la traducción en la historia del pensamiento y la aportación de la experiencia histórica en los procesos de reflexión y teorización lingüística y traductológica.
- E38. Extraer información conceptual de textos especializados y representarla gráficamente.
- E47. Mostrar habilidades de gestión y de evaluación de la calidad de la información recabada y que servirá de sustento empírico de un proyecto de investigación.
- E50. Conocer las habilidades y métodos generales y específicos de investigación y aplicarlos a proyectos concretos del área de la Traducción e Interpretación y de las Humanidades en general.
- E52. Asegurar la calidad del trabajo en el marco de unos plazos establecidos.
- E53. Ser conscientes de la forma y grado en que las transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales han influido en la evolución del lenguaje.
- E68. Reconocer el valor de la traducción como difusora de la cultura.

De todas estas competencias específicas, me gustaría destacar la importancia de la E10, E12 y E53 que, desde mi punto de vista, representan la labor que he llevado a cabo durante los últimos meses. Principalmente, estas competencias están relacionadas con la cultura y los efectos que ha tenido su evolución en el lenguaje. Gracias a estos trabajos de investigación, el estudiante se vuelve más autónomo y crítico en cuanto a la información que maneja. Por último, se da cuenta de la importancia de las citas y referencias y da valor a la originalidad de lo escrito.

2. OBJETIVOS

A la hora de realizar cualquier trabajo de investigación, es necesario tener muy claro desde el principio cuáles son nuestros objetivos, y en base a ello, aplicar los diferentes métodos y competencias que posee el investigador para alcanzarlos. El principal objetivo de este TFG es el de dar a conocer la cultura de la conversación y el fenómeno de los salones literarios en Francia. Además, existen unos objetivos más que van incluidos:

- Profundizar en la sociedad francesa del siglo XVIII.
- Estudiar el efecto que tuvo la Ilustración en los diferentes países europeos y, especialmente, en Francia.
- Constatar el impacto que los salones literarios produjeron en la sociedad europea de su tiempo.
- Aproximarnos al conocimiento de las biografías de las *salonnières* de Francia, España, Reino Unido, Italia y Alemania.
- Valorar la labor llevada a cabo por las *salonnières* en los ámbitos cultural, político y lingüístico
- Hacer uso de diversas fuentes bibliográficas (libros, artículos electrónicos y CD-ROM) para escribir el trabajo.
- Seleccionar y clasificar la información más relevante, con el fin de escribir un trabajo que cualquier lector, independientemente del bagaje cultural previo que tenga sobre el tema, pueda comprender.

3. METODOLOGÍA Y PLAN DE TRABAJO

Una vez se publicaron los temas a elegir, tuve claro que quería realizar este. Por ello, aproveché un viaje a Madrid para visitar y disfrutar de un buen café en el Café Gijón. Si bien es cierto que no es un salón literario, los cafés fueron otro lugar de encuentro mucho más democratizado donde las personas que acudían, normalmente intelectuales o gente de clase alta (el café al principio era un producto muy caro), conversaban, jugaban a las cartas o interpretaban música. Esta experiencia me valió para ambientarme y para centrarme en el tema de mi posible futuro trabajo, los salones literarios del siglo XVIII.

Días más tarde me adjudicaron finalmente el mencionado TFG y desde el primer momento, tanto mi tutora como yo, nos pusimos en contacto para enfocar el trabajo, marcar un primer esquema y comenzar con una pequeña bibliografía de libros o películas que mi tutora amablemente me prestó. A partir de ahí, el sustento del trabajo, al ser puramente teórico, han sido libros, artículos, diccionarios y por esta razón he necesitado realizar numerosas visitas a diferentes bibliotecas: la biblioteca del Campus de Soria, la de la Facultad de Filosofía y Letras en Valladolid, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Pública de Soria y la Biblioteca de Castilla y León en Valladolid. También han sido muchas las consultas que he realizado en catálogos virtuales, como el de Rebiun (Red de Bibliotecas Universitarias españolas) o Dialnet, un proyecto de cooperación bibliotecaria puesto en marcha por la Universidad de La Rioja.

Desde un principio supimos que, además de estudiar concretamente los salones literarios, teníamos que dedicar algún capítulo al tema de la Ilustración para saber en qué contexto surgieron los salones. A su vez, nos pareció muy conveniente hablar del acto de conversar, ya que fue el fundamento de los salones, su principal actividad, y, por último, llevar a cabo un capítulo que relacionara aún más este tema con el Grado en Traducción e Interpretación, atendiendo a la evolución de un lenguaje, en este caso, el francés. Todo ello con el fin de mostrar los ámbitos que más influenciados se vieron por la actividad de los salones, como fueron la lengua y el comportamiento social.

El procedimiento que llevé a cabo para concebir el trabajo fue un tanto tradicional. Según iba accediendo a la información, la apuntaba en un cuaderno que había dividido en diferentes apartados correspondientes a la estructura del trabajo y anotaba en fichas independientes aquellos contenidos o definiciones susceptibles de ser integrados, a modo de cita textual, en la futura redacción del TFG. Los conocimientos que, poco a poco, adquiría los contrastaba mediante la consulta bibliográfica del

mayor número posible de autores. Lamentablemente, el tema tratado ha sido muy poco investigado; sin embargo, recientemente, profesores de distintas universidades europeas y americanas han acometido su estudio y publicado algunos ensayos. Por eso, nos ha sido difícil encontrar obras traducidas al español para la redacción de ciertos capítulos, y muchos menos estudios que hayan sido originalmente escritos en nuestro idioma. Por esta razón, hemos buscado referencias en su mayoría inglesas, aunque también italianas, alemanas o franceses, este último sobre todo para definiciones específicas o textos cortos. De esta manera, la vertiente eminentemente teórica del presente TFG ha quedado equilibrada gracias a la labor de la traducción llevada a cabo con respecto a las fuentes utilizadas en la investigación del mismo.

Esta labor de traducción no ha sido demasiado complicada. Aunque, si bien es cierto que el hecho de investigar en una lengua distinta te lleva más tiempo, también te aporta otros puntos de vista de un mismo tema. Lo más difícil ha sido traducir las citas textuales de autores del siglo XVIII ya que el vocabulario y la manera de expresarse ha cambiado mucho en estos tres siglos. No obstante, una vez que conoces el tema que estas investigando, averiguar el sentido de la cita no supone una gran dificultad al apoyarte en el contexto. En la mayoría de ocasiones he optado por una traducción más libre que capte la idea original, pero a la vez, que se adecúe al vocabulario actual.

El plan de trabajo que establecimos ha sido simple. Cada dos o tres semanas mandaba a mi tutora la elaboración de un capítulo que, posteriormente ella me corregía, y en ese momento ya marcábamos la próxima fecha de entrega. Este plan de trabajo me ha dado libertad y, a la vez, me ha ayudado a ser constante y poder seguir una rutina semanal. Si bien es cierto, en un trabajo de estas características no se puede ser demasiado estricto con las fechas, ya que nunca se sabe cuándo va a cruzarse 'el libro de tus sueños' en tu camino, desajustando el calendario y necesitando más tiempo para su lectura.

4. DESARROLLO. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

4.1. La Europa ilustrada: panorama

Ilustración significa [...] retirar las vendas y los velos de los ojos de muchos, dar paso a la luz en la mente y el corazón para que ilumine a la primera y dé calor al segundo, y adentrarse en los dominios de la verdad y el orden, donde reina la determinación del hombre, la auténtica dicha. (Wieland, 1768 cit. en Im Hof, 1993:12)

La Ilustración fue un movimiento cultural de cuño francés, aunque sus ideas se extendieron por toda Europa desde finales del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII.

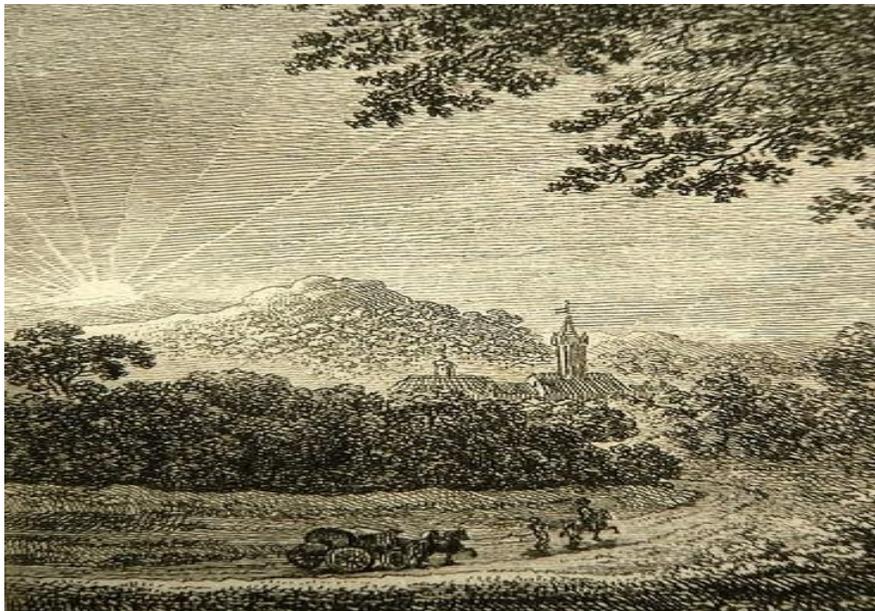
El origen de esta corriente se encuentra en el pensamiento filosófico inglés del s.XVII. A través de Holanda, las corrientes empiristas llegan a Francia, donde se asimilan dando lugar al racionalismo francés que se plasma en la Ilustración (*Lumières*) y el Enciclopedismo. En Alemania se optó por denominarlo *Die Aufklärung*, la iluminación, a partir de 1780, mientras que en inglés se decantaron por *The Enlightenment*. Sin embargo, este término no se consolidó hasta el siglo XIX, una vez que dejaron de usar la expresión *Age of Reason*. Como todas estas expresiones demuestran, el concepto de la luz cobra una gran importancia a partir del s. XVIII (Im Hof,1993). Muchos autores expresaron su anhelo por la llegada definitiva de esta 'luz' al mundo, como por ejemplo Turgot (1750) « Por fin se han disipado todas las sombras, cuánta luz de todas partes [...] qué perfección de la razón humana»

Tras las guerras que se produjeron durante el s. XVII en Europa, se consiguió llegar a un estado de tranquilidad pública con la firma de la Paz de Westfalia (1648). Después de que la religión fuera el motivo de tantas batallas, filósofos como Spinoza (1632-1677) reflexionaron sobre la existencia de Dios y llegó a la conclusión de que Dios y la Naturaleza eran uno. Baruch Spinoza construye un pensamiento moderno que aboga por la necesidad de tolerancia y libertad religiosa. Siguiendo esta línea, cabe destacar a Leibniz (1646-1716), filósofo alemán que defendió el optimismo y la razón suficiente. (Criado, s.f.)

Esta revolución afectó a todos los ámbitos del mundo: ciencias, filosofía, sociedad, política, religión... La percepción que el hombre tenía de sí mismo y de lo que había a su alrededor cambió completamente, dejando a un lado la religión y la tradición para dar más credibilidad a la razón y a la verdad. El objetivo de los filósofos era llegar a acuerdos y verdades útiles mediante la meditación y el

diálogo (idea procedente de autores griegos y romanos, como Sócrates o Cicerón) porque los ilustrados creían que la razón debía estar fundada sobre sí misma y estar sometida a una autocrítica permanente. Para llevar a cabo esta autocrítica, sometían sus ideas y opiniones al juicio de otros amigos intelectuales de la época en las conversaciones.

El núcleo de toda la corriente se encuentra en la razón y en el hombre (libre), ideas que, años después, al desarrollarse, darán lugar a la Ilustración y al romanticismo respectivamente. A su vez, buscaban alcanzar una sociedad sin clases ni jerarquías, sin conflictos. Debido a las diferencias culturales, cada país representó la Ilustración a su modo. En Inglaterra se vio representado por los sucesores de Locke (deístas) y en Alemania por la llamada filosofía popular (León, 1989).



Die Aufklärung, Daniel Chodowiecki, 1791

Dicha filosofía popular alemana da importancia a la virtud, a la felicidad y al progreso. En este contexto, destaca la figura del rey Federico II de Prusia (1712-1786), paradigma de monarca ilustrado –muy influido por Voltaire– que gobernó a favor del desarrollo económico y cultural de su país. Como filósofos prerrománticos alemanes, destacan Lessing y Herder. Barner (1989) expresó que Lessing fue un punto de encuentro entre la Ilustración y la tradición. Por último, el filósofo más importante del país germano fue Kant (1724-1804). Representa el equilibrio entre la tendencia racionalista y la empirista que había dominado anteriormente. Según él, la Ilustración es la salida del hombre de su ‘minoría de edad’. Esta ‘minoría’ hace referencia a la incapacidad del individuo de

servirse de su propio entendimiento. Uno mismo es culpable de esta incapacidad cuando la causa reside en la falta de decisión y valor (León, 1989). Es decir, durante la Ilustración se dio el momento perfecto para que cualquier hombre dispuesto saliera de esa 'ignorancia' y 'cobardía' que supone encontrarse en la minoría de edad.

Por otro lado, en Italia, tras la muerte de Galileo, el pensamiento entra en decadencia hasta el s. XVIII, cuando nacen nuevas ideas influenciadas por el pensamiento ilustrado francés e inglés. El filósofo Vico dedica su vida a la búsqueda de una visión clara del mundo de la naturaleza, enlazando humanismo y platonismo (León, 1989). Esta corriente de pensamiento se vio materializada con la creación de la *Accademia degli Investiganti* en 1650 en Nápoles.

En nuestro país no llegaron las ideas ilustradas hasta la segunda mitad del s. XVIII, en parte, debido a que la cultura española no reunía las características adecuadas para acoger tal pensamiento revolucionario. Como dijo Ortega y Gasset (1883-1955), «en España nos faltó el gran siglo educador» (1930, II: 600). El atraso que siempre ha caracterizado a la península ibérica, causado principalmente por el peso de la tradición y la religión, es indudable e hizo que las nuevas corrientes políticas o filosóficas no alcanzaran los mismos límites. No fue hasta 1760, con Carlos III como rey de España, cuando el país adquirió un gran desarrollo.

Los medios de difusión de la Ilustración en nuestro país fueron las universidades, la prensa o las Sociedades Económicas de Amigos del País, creadas en la segunda mitad del s. XVIII por orden del rey Carlos III. A principios del s. XVIII cabe destacar los textos de Feijoo, quién dio a conocer los avances de Newton, Descartes o Bacon y en los que defendía el método experimental y confirmaba la compatibilidad que existe entre fe y ciencia. Dedicó su vida a realizar críticas constructivas sobre la sociedad española y la educación, como podemos apreciar en el siguiente extracto:

En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias, y conocimientos sublimes.
(Feijoo, 1765)

Siguiendo la misma línea, encontramos a Jovellanos o Cadalso que abogan por una España más liberal, renovadora y moderna mediante críticas a diferentes aspectos del país.

Con todo esto, podemos ver como la situación previa de cada país a la llegada de las ideas ilustradas fue decisiva a la hora de acoger esta nueva corriente histórica y de adaptarse a la sociedad ya existente. La diferencia entre España o Italia y el resto de países es más que clara y constancia de ello dejan los textos de los autores más notables de cada país. Con especial énfasis trataremos el tema de la Ilustración francesa en el siguiente capítulo al haber sido cuna de este movimiento cultural.

4.2. La Ilustración en Francia

4.2.1. El mundo político

Para comprender la situación de Francia en los siglos XVII y XVIII debemos retroceder unos años y observar brevemente cómo se encontraba el país a finales del siglo XVI, tras la Reforma. El país se vio influenciado por los dos grandes sucesos del siglo: el Renacimiento italiano y la Reforma alemana. En buena medida, como consecuencia de los conflictos que existieron entre aquellos dos países, Francia, que se encontraba en un punto intermedio, estalló en una guerra civil que duró 36 años. A finales de siglo el país se hallaba en un estado de pobreza y desorden y las artes en un estado de decadencia.

Fue gracias al buen hacer del rey Enrique IV (1553-1610) por lo que el país resurgió de sus cenizas. También llamado *Henri le Grand*, el monarca antepuso las necesidades de su pueblo a las suyas propias, como demuestra su conversión del protestantismo al catolicismo rechazando sus creencias personales. Es considerado por los franceses como el mejor monarca que nunca ha tenido (y tendrá) Francia, al desarrollar sus políticas en base a la paz y prosperidad que necesita cualquier nación.

Enrique IV, tras 21 años de reinado, fue asesinado por un fanático católico en su carruaje. A este, le sucedió su hijo Luis XIII (1601-1643), sin embargo, hasta que no tuvo 16 años no obtuvo el trono mediante un golpe de estado contra su propia madre, María de Medici. Unos años más tarde, nombró al cardenal Richelieu como primer ministro con quien tuvo una relación un tanto agridulce. Algunos de sus principales objetivos fueron neutralizar a los austrias españoles y alemanes (Guerra de los 30 años); extender el imperio de ultramar y centralizar el poder de Francia, además de modernizar el país del antiguo régimen y acabar con los protestantes, ya que Luis, al contrario que su padre, era un cristiano devoto. (Trueman, 2015)

En 1642 fallece el cardenal Richelieu y es sustituido como primer ministro por el cardenal Mazzarini. Un año más tarde muere también el rey Luis XIII como consecuencia de la enfermedad de Chron. Su hijo Luis XIV (1638-1715) es quién le sucede, el llamado Rey Sol. Con él se llega a una auténtica monarquía absoluta valiéndose de los siguientes medios: centralización política, control de la nobleza otorgándole importantes cargos, incremento de su poder gracias a la creación de nuevos impuestos sobre la nobleza, eliminación de la disidencia religiosa, además de haber sido protector y mecenas de numerosos artistas como Molière o Rully.

Como consecuencia del ambiente turbio que se respiraba en las calles parisinas y de las estrictas medidas que había llevado a cabo el rey, un sector de la población se sublevó contra el monarca y dio lugar a una guerra civil, conocida con el nombre de *La Fronde*. Se produjo entre los años 1648 y 1653 en los que Ana de Austria, la madre de Luis XIV, era la regente hasta que su hijo cumpliera la mayoría de edad. La nobleza se enfrentó a la monarquía debido a la crisis económica que sufría el país tras la Guerra de los treinta años aunque tras varios movimientos de insurrección no obtuvieron ningún resultado.

A la muerte de Luis XIV, en 1715, le sucedió su hijo Luis XV (1710-1774), con quien, debido a su falta de interés y preocupación por la política, comenzaron a germinar las ideas revolucionarias que en 1789 estallaron con la proclamación del Tercer Estado.

4.2.2. El ambiente religioso

En aquél momento la religión seguía protagonizando un papel muy importante y detrás del trono, las autoridades religiosas eran las que más influencia y mayor poder de decisión tenían. El contexto religioso estaba dominado por dos facciones, jesuitas y jansenistas. Por un lado, los jesuitas creían en la indulgencia, en el perdón de los pecados. Por otro, los jansenistas eran mucho más rigurosos, creían en la gracia divina que llegaba de forma inesperada, por lo que no existía forma alguna de conquistarla con acciones terrenales. «Rezad como si todo dependiese de Dios y actuar como si todo dependiese de nosotros». (Feydeau, 1650 cit. en Craveri, 2003)

Los jansenistas recibieron el apoyo de una pequeña élite femenina, compuesta por varias marquesas y *salonnières* que les ofrecían protección y apoyo dentro de su mundo y también algunos escritores pasaron por sus estancias: La Rochefoucauld, Racine, Mme. de Sévigné. Todos ellos y otros muchos sintieron su influencia. Su sede se situó en el convento de Port-Royal des Champs, al suroeste de París. Tanto en el convento como en las pequeñas escuelas (*petite écoles*) se animaba a

los miembros de la comunidad a tener discusiones teológicas, se les enseñaba francés y griego, aprendían a traducir, a reflexionar por sí mismos. Este movimiento religioso se desarrolló durante el siglo XVII y más tarde, derivó en ideología política con la ayuda de Blaise Pascal. La obra más importante creada dentro del convento fue *La logique, ou l'art de penser, contenant, outre les règles communes, plusieurs observations nouvelles propres à former le jugement* (1662) escrita por Antoine Arnauld, Pierre Nicole y, posiblemente, Blaise Pascal. (Enciclopedia Católica Nacional)

En definitiva, los movimientos religiosos más populares de los siglos XVII y XVIII en Francia fueron jesuitismo y jansenismo, enemigos entre ellos por sus divergencias ideológicas. Los jesuitas, que contaban con más años de historia, vieron como su popularidad menguaba debido al repentino interés de los nobles e intelectuales por el jansenismo que enfocaba sus esfuerzos en aspectos intelectuales. Entre los muros de Port-Royal numerosas mentes sabias encontraron el lugar donde refugiarse tras muchos años de vida mundana, de superficialidad, de galantería.

4.2.3. La vida social

«Se dice que el hombre es un animal social. Así las cosas, me parece que el francés es más hombre que otros; es el hombre por excelencia, porque parece hecho únicamente para vivir en sociedad». (Montesquieu, 1949-51:261)

La anterior cita de Montesquieu refleja a la perfección el sentido y la importancia que los franceses dan a la vida social. Fueron, y en cierta medida aún lo son, el modelo de sociedad a seguir por Europa. Si bien es cierto que dicha tradición de sociabilidad se vio menguada durante el reinado de Luis XIII y Richelieu, una vez que delegaron su trono en su hijo Luis XIV, Francia recobró tan valiosa tradición. «Desde los tiempos de la regencia de Ana de Austria los franceses eran el pueblo más sociable y más cortes de la tierra» (Voltaire, 1733:553 cit. en Craveri, 2003: 289)

A partir de 1620 la nobleza francesa se ve obligada a redefinirse y a encontrar un nuevo papel que desempeñar en la monarquía absolutista, que tanto Luis XVIII como su hijo se propusieron implantar. El aumento de los precios repercutió en las rentas nobiliarias y del mismo modo, aumentó el descontento de este grupo social. Ello dio lugar a que la nobleza participara cada vez menos en las guerras y luchara con desgana, lo que produjo que los *roturiers*² fueran más demandados en los campos de batalla.

² Término francés que hace referencia a la gente común, a las masas.

Los nobles llegaron a un punto en el que se hallaban privados de su función social y no realizaban ninguna acción remarcable que justificara sus privilegios. Por todo ello, optaron por distinguirse del resto de la sociedad a través de su modo de vivir, sus modales y su forma de hablar, que les confirieron superioridad. Entre los planes del cardenal Richelieu no estaba el de quitar a la nobleza sus privilegios, aunque ciertamente a cambio de algo: que el prestigio de la nobleza fuera reflejo del prestigio de la monarquía. Para que se cumpliera esta condición, decidió reeducar a la nobleza y así, convertirles en cortesanos.

En el siglo XVII el término sociedad hacía referencia a un grupo de personas selectas. Una centuria después, su significado se generalizó adaptándose al contexto social moderno. De aquí surgió el concepto de *sociabilité*, relacionado siempre con la actitud mundana típica del *honnête homme*. Este modelo de conducta se popularizó mediante los manuales de los buenos modales³. Durante este siglo Francia adoptó la tradición italiana renacentista de las Cortes en los palacios privados. Este hecho supuso un gran cambio en la sociedad si tenemos en cuenta que fue la mujer, en concreto Mme. de Rambouillet, quien llevó a cabo esta transformación. Hasta ahora la sociedad mundana había estado muy ligada a la Corte y a la monarquía, sin embargo, en el siglo XVII se separó de Versalles, dando lugar a nuevos espacios semiprivados en la ciudad de París. (Craveri, 2003: 289-302)

En el siglo XVIII, Luis XV y el Duque de Orleans se convirtieron en símbolo de una nueva forma de vida mucho más liberal. Esta libertad social, junto con la que proporcionaba la *Republique des Lettres*, dio lugar a la emancipación de la mujer. Esto proporcionó grandes beneficios a la sociedad francesa, ya que, por ejemplo, las ideas anglosajonas, de las que tanto hablaba Voltaire, se difundieron en los salones literarios.

El rey pasó a ser un ejemplo para la joven aristocracia. Muestra clara de ello son las cartas que durante los años 1737-1768 Lord Chesterfield envió a su hijo desde Reino Unido. En ellas trataba de educarle al estilo francés dándole recomendaciones de cómo comportarse, o a quién dirigirse una vez se mudó a París. «De ordinario, encontrarás a las mujeres del *beau monde* parisino más ilustradas que los hombres, a quienes se les educa exclusivamente para el ejército [...]» (Chesterfield, 2006: 65-68)

³ Véase en el capítulo “La cultura de la conversación”.

Lord Chestefield hizo de preceptor además de padre y amigo. Este afán por educar él mismo a su hijo le obligó a mostrar toda su sabiduría, cuyos elementos combinan al hombre orador, cortesano y *gentleman*. Entre sus consejos, cabría destacar la frase «*suaviter in modo, fortiter in re*⁴» (Chesterfield cit. en Fumaroli, 2015: 249) y «Mientras estés en Francia, relaciónate tan solo con los franceses; aprende de los mayores, diviértete con los jóvenes; adáptate de buen grado a sus costumbres así como a sus pequeñas locuras, pero no a sus vicios. Con todo, no adoptes un tono de reproche o de censura que no es propio de tu edad» (Chesterfield, 2006: 65-68).

Estas recomendaciones le sirvieron a su hijo, Philip, para encontrar un sitio en la sociedad parisina e integrarse de buen modo. En resumen, su padre sabía que por mucha teoría que su hijo conociera la diferencia se refleja en una espontaneidad que no se aprende en ningún libro, esas *gracês*, ese *je ne sais quoi* que solo se encuentra en uno mismo.

Como síntesis, podemos observar un cambio en el aspecto social desde el siglo XVI. Por un lado, este siglo se basó en la idea caballeresca del amor cortés. Un siglo después este ideal pasó a ser la *galanterie* y finalmente, en el siglo XVIII, se dio una combinación de las dos que, junto con la Ilustración, dio lugar a la urbanidad que se respiraba en los salones.

4.2.4. El universo cultural

Si tuviéramos que destacar una sola obra que materializara del mejor modo la Ilustración, esa sería sin duda la *Enciclopedia*, llevada a cabo gracias al empeño y labor titánica de quien fuera su primer editor, Denis Diderot (1713-1784). Diderot fue un escritor, filósofo y traductor francés que destacó por su moderno pensamiento por el cual creía que la única manera de que la humanidad pudiera desarrollarse radicaba en la razón. Con esta idea siempre en mente, Diderot decidió crear, en los años 40, una obra universal que recopilara las bases del conocimiento y lo expusiera sin estar subordinado a categorías de tipo ideológico, como ocurría en las compilaciones de saber tradicionales, sino por orden alfabético, buscando de esta manera el relato objetivo de las cosas. También resultó innovador el hecho de que se diere notable importancia al mundo práctico junto al desarrollo teórico. En ese sentido, la *Enciclopedia* se preocupó por incluir, juntos a los tomos teóricos, varios volúmenes de grabados, para que sirvieran a modo de herramienta explicativa de

⁴ «Fuerte en la acción pero suave en las formas».

diferentes técnicas y oficios. Algo que contribuyó notablemente en la modernización y progreso de la sociedad.

«El elemento radical de la Encyclopédie no provenía de una visión profética de las revoluciones francesa e industrial sino de su intento por hacer un mapa del mundo del conocimiento según nuevas fronteras, determinadas por la razón y solamente la razón. [...] Pretendía medir toda la actividad humana con estándares racionales y así proveer una base para volver a pensar el mundo». (Darnton, 2006)

Al principio, Diderot no contaba con la fama ni el dinero necesario para sufragar una obra de este alcance. Por ello los editores no confiaban en él y este fue el motivo de que colaborara también Jean le Rond d'Alambert (1717-1783), el hijo ilegítimo de la *salonnière* Mme. de Tencin. Si bien es cierto que en Reino Unido ya se había publicado la *Cyclopaedia* en 1728 y Le Betron, uno de los librereros más famosos de París, quiso traducirla al francés, sin embargo, Diderot le propuso su idea de *Enciclopedia* que era bien distinta a la obra inglesa.

El primer volumen se publicó en 1751, constatándose como triunfo de la razón. Muchas fueron las instituciones o grupos que se opusieron a su difusión, como el Parlamento, la Universidad de la Sorbona, los jesuitas y jansenistas, ya que, aunque formalmente reconociera la autoridad de la Iglesia, estaba repleta de críticas a la monarquía y a las religiones. Se trató de un libro peligroso que amenazaba la estabilidad política y social del país en un momento en el que los monarcas preferían un pueblo ignorante. Durante los primeros años, fue una minoría la que pudo costearse la obra, hasta que, sobre los años 70, el precio disminuyó dando como resultado una difusión masiva de la Ilustración que, hasta el momento, se había propagado mediante panfletos.

Aún así, seguían siendo muchas las personas que denunciaron la obra y parecía destinada al fracaso. No obstante, también eran muchos sus defensores como Malesherbes, director de la Librairie o Mme. de Pompadour quienes salvaron en diferentes ocasiones la obra mediante su apoyo económico y mecenazgo. Numerosas *salonnières*, como Mme. Geoffrin, acogieron con mucho gusto al círculo de enciclopedistas ofreciéndoles un lugar donde expresarse y debatir libremente. Durante 20 años Diderot fue director de esta obra y estuvo a cargo de la redacción, edición y supervisión de unos 17 volúmenes y más de 70 000 artículos elaborados por intelectuales como Holbach, Voltaire o Rousseau. Desgraciadamente, Diderot se vio abandonado por la mayoría de sus colaboradores durante la realización de los dos últimos volúmenes, dejándose dominar por un estado de desencanto y desilusión. (Darnton, 2006)

En relación con estos colaboradores cabe mencionar la labor de Voltaire y Rousseau. François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire, fue un escritor y filósofo francés, nombrado por algunos como el primer ciudadano europeo que tuvo conciencia de serlo, no solo por haber vivido en varias capitales europeas, sino, sobre todo, por haber sentido la curiosidad de estudiar las peculiaridades de las diferentes formas de vida y concepciones políticas de los países en los que residió. Dirigió su lucha contra el monarca Luis XV y contra la intolerancia de la Iglesia. En sus textos refleja una crítica profunda hacia las tradiciones, además de una convencida defensa de los valores de libertad, tolerancia y pacifismo. Una de sus obras más importantes fue *Las cartas filosóficas* (1734), donde expresa la necesidad de establecer un estado secularizado y su ideal de una sociedad emprendedora, en la que la burguesía fuera más relevante y valorada.

Voltaire también fue famoso por su relación con el rey prusiano Federico II, el monarca ilustrado por excelencia. Federico, desde joven, se interesó mucho por los ideales del filósofo francés y de un modo u otro, Voltaire ejerció gran influencia sobre el rey mediante su correspondencia o gracias a sus prolongadas estancias en el palacio de Sans Souci, en Postdam, donde a Federico II le gustaba reunir a intelectuales y artistas de toda Europa. Un palacio, concebido para el descanso y la reflexión, dotado de una importante biblioteca especializada en temas de la literatura clásica grecorromana y en las obras de Voltaire. Aunque la suya fue una amistad un tanto agri dulce, en el fondo tenían intereses comunes que sobrepasaban cualquier desacuerdo. Gracias a Voltaire, Federico II pulió su francés, agrandó su intelecto y fue un modelo para las monarquías de su entorno. (Fumaroli, 2015: 150-158)

En una línea parecida encontramos a otro filósofo francés, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). El carácter ilustrado de este pensador se fundamenta en la búsqueda del bien común y en una nueva sensibilidad orientada por el respeto y la fascinación por la naturaleza que inspirará al movimiento romántico alemán *Sturm und Drang*, del que fue precursor. Rousseau cree que apostando por el instinto humano se superará el egoísmo y se podrá alcanzar la perfección. «Reconozcamos nuestra debilidad y seremos fuertes». (León, 1989: 79) Por último, este filósofo también destacó por su innovador método de enseñanza, que describe en su obra *Emilio* (1762). Este método se basa en la libertad que se da al alumno, dejándole descubrir por sí mismo muchas cosas. No se trata de enseñarle mil cosas, sino de instaurar en él una curiosidad que permanezca de por vida y que le aparte de los prejuicios.

4.2.5. Evolución del papel de la mujer: siglos XVII y XVIII

Como ya hemos mencionado anteriormente, el género femenino supo sacar partido a estas nuevas ideas revolucionarias que comenzaron a gestarse en la sociedad.

En épocas pasadas, el papel de la mujer había sido prácticamente inexistente. El hombre era quien tomaba las decisiones, tanto del hogar como del trabajo, quien hablaba en público y el representante de la familia. Además de esta distinción entre géneros, existía también la distinción de clases. Sabemos que las sociedades de los siglos XVI, XVII y XVIII eran puramente jerárquicas, hasta que se produjo la Revolución francesa con el objetivo de eliminar estas desigualdades sociales.

Así, de este modo, en la Edad Media se daban de forma general tres tipos de mujeres: noble, campesina o monja. La primera y la última podían llegar a gozar de ciertos privilegios, pero lo cierto es que sus libertades dependían de las órdenes o del criterio de otra persona, ya sea su marido, su padre o de las creencias religiosas personalizadas en la figura de Dios.

Unos años más tarde, en el siglo XVI, se desarrolló la corriente filosófica del Humanismo, trayendo consigo ideas algo más modernas. Pensadores como Juan Luis Vives empezaron a plasmar en sus textos la idea de ofrecer educación a las mujeres y una oportunidad para alcanzar el intelecto de los hombres. Cuando ciertas instituciones o sociedades de mujeres aristócratas se ponen en marcha para crear dichas escuelas, se deja entrever que el único objetivo de esta educación femenina era la de convertir a la mujer en madre, consejera, educadora civil, administradora, siempre discreta y comedida. El acceso que tenían a la información era escaso y claramente controlado, por lo que aún quedaba un largo camino por conseguir la libertad de expresión y pensamiento. (Criado, s.f.)

En Francia, la mujer de la aristocracia gozaba de un trato más liberal que en otros países como Italia o España. Sin embargo, el papel social que desempeñaban era meramente decorativo. En Italia, los monarcas concedieron a la mujer un lugar importante en la Corte, mientras que en España las mujeres, en su mayoría, eran prisioneras de lo doméstico, salvo las nobles, a las que se les concedía el derecho de acudir a eventos o reuniones bajo el continuo control de maridos y cortesanos. Estas limitaciones no hicieron más que aumentar sus ganas por liderar la sociedad y el cambio necesario en el mundo. (Craveri, 2003)

A raíz de la Ilustración, las mujeres, que notan ya un verdadero cambio, se vuelven más ambiciosas e inteligentes. En el siglo XVII muchas de las aristócratas se convirtieron en mecenas (defendían y apoyaban económicamente a ciertos artistas de su gusto), como lo fueron muchos

reyes y reinas. Pasaron a dirigir la vida mundana, es decir, la vida de la corte, de los buenos modales, de la cultura y estos fueron los rasgos que distinguían a la nobleza del resto de personas. «Una revolución que los contemporáneos enaltecían como proceso purificador y civilizador» (Craveri, 2003: 34)

Algunos de estos contemporáneos temían que el género masculino de esta clase social sufriera una ‘feminización’, es decir, que se ablandaran y perdieran su virilidad. Como expresó Rousseau en la *Lettre à d’Alambert sur les spectacles* (1758), la sociedad parisina era el mundo al revés. Las relaciones naturales entre hombres y mujeres se hallaban subvertidas (Craveri, 2003: 34). Mientras que antes los hombres lideraban la sociedad con sus armas e imponentes órdenes, ahora eran las mujeres quienes se encargaban de educar a la sociedad como modelos de buen comportamiento que expresaban sus sentimientos en el francés más puro de la historia y que además, compartían todo esto con cualquier ciudadano que se prestara a acudir a uno de sus salones.

La nobleza se mantuvo fiel a un modelo femenino que invitaba a la fuerza civilizadora de la cultura. Desafortunadamente, como ocurre con cualquier cambio, surgieron partidarios y contrarios a este modelo femenino. Por un lado, autores como Fenelón o Rousseau no estaban muy de acuerdo al ver a la mujer como una amenaza para la sociedad por ser objetos de seducción que podrían hacer a los hombres desatender los temas verdaderamente importantes. Por otro lado, partidarios como Montaigne o Feijoo veían con buenos ojos esta ‘civilización’ de la nobleza. Pronto, la relación entre hombres y mujeres se transformará por completo convirtiéndose en un juego de *galanterie*, una «caza» sin violencia. Años más tarde, comprobaremos que son solo ellas las maestras de este arte de seducción que incluye cultura, sensualidad, intereses. (Craveri, 2003)

En el siglo XVIII estos ideales alcanzaron su máximo esplendor. El pensamiento feminista comenzó a gestarse en los salones aristocráticos de las llamadas ‘preciosas’ hasta verse plasmado en la *Declaración de los derechos de la Mujer y Ciudadana* por Olympe de Gouges (1791). En nuestro país, se fundó la Junta de Damas de Honor y Mérito en el año 1787, la asociación femenina no religiosa de carácter filantrópico más antigua de España. Sus miembros empezaron a pedir su merecido lugar en la sociedad, reclamando nuevos espacios en la vida pública. Los conceptos entre público y privado están muy relacionado en este siglo, ya que, según autores como Jovellanos, «sus cualidades como madre y esposa legitiman el papel que desempeñarán al servicio de la patria». (Molina, 2013: 258)

Feijoo también expresó su acuerdo con la idea de igualdad entre hombres y mujeres y con la posibilidad de que ciertas mujeres pudieran tener un acceso a la educación completo, como el de los hombres, aunque como podemos ver, aquél protagonismo femenino francés no caló del mismo modo en nuestro país.

[...] creo cierto hay muchas de gran juicio. Vi, y traté algunas en España, y fuera de ella. Por esto mismo me parece que aquella agilidad suya en percibir, y discurrir, en que nos hacen ventaja, es necesario templarla con grande cautela. [...] Así, pues no es lícito privar a las mujeres del sutilísimo metal de entendimiento conque las forjó la naturaleza; podemos siquiera desviarles las ocasiones de que lo afilen en su peligro, y en nuestro daño. (Feijoo, 1765: 411)

En definitiva, si ahora echáramos la vista atrás y tuviéramos que valorar la aportación de la nobleza femenina francesa, tendríamos que agradecerles múltiples cosas: la purificación del francés, la igualdad y libertad de las que actualmente disfrutamos las mujeres, la creación de grandes obras, en parte, como la Enciclopedia, ciertas normas sobre educación y buenos modales y un bagaje cultural incomparable al haber reunido a decenas de mentes brillantes con las que compartir y criticar ideas, teorías y avances.

4.2.6. El contexto ilustrado y la lengua francesa

El gusto idiomático y literario de la lengua francesa siempre se ha apoyado en una sociedad cortesana en la que cualquier cambio político o social afecta al propio idioma. El marcado carácter social de la esfera intelectual francesa ha hecho que su influencia se anteponga, incluso, a la de las ciencias, artes, etc. Como consecuencia de este carácter, la lengua culta se ha basado en la lengua que se hablaba en los salones o círculos sociales, el *gent parler*, que servirá de fuente para la creación de diccionarios y gramáticas.

François de Malherbe (1555- 1628), bajo mandato de Richelieu, llevó a cabo una empresa con el fin de modernizar la lengua y equipararla con el espíritu de la época, determinado por el liderazgo de la razón. Para ello, abandonó todas las expresiones que no fueran entendidas por el público general y combatió la libertad propia del siglo XVI mediante la eliminación en sus textos de arcaísmos y préstamos. Se tendió a eliminar los sinónimos para quedarse con un solo término y que el contexto fuera el encargado de dar el sentido a la frase, como ocurrió con los verbos formados por *dé-*, que se eliminaron y se pronunciaron por los formados por *mé-*.

Esta enmienda fue continuada por el escritor francés Guez de Balzac (1597-1654) con quien la lengua francesa alcanza una extraordinaria capacidad para expresar ideas abstractas de manera fluida. Por último, será la *Académie française*, fundada en 1635 por el cardenal Richelieu, la que renueve la lengua francesa y la encargada de ello para siempre.

Grosso modo se podría decir que el objetivo de la Academia ha sido y será postular la supremacía del francés sobre los demás idiomas del mundo y «trabajar con todo el cuidado y toda la diligencia posibles para dar unas reglas seguras a nuestra lengua y volverla pura, elocuente y capaz de tratar las artes y las ciencias» como precisa el artículo XXIV de los estatutos de la Academia. Para ello, se sirvió de la creación de un Diccionario (1694) y de una Gramática, la cual tardó 300 años en publicarse y aún así, hoy en día, no se le reconoce valor alguno. (Académie française: 2016)

Claude Favre de Vaugelas (1585-1650) fue uno de los primeros componentes de la Academia. Tras formarse en las mejores universidades y haber acudido asiduamente a los salones que Mme. de Rambouillet organizaba en la *bleu chambre*⁵, Richelieu le pidió que se dedicara por completo a la redacción del diccionario. Según él «no hay más que una sola autoridad en materia de lengua: el uso [...] Uno de los principios de nuestra lengua se fundamenta en el hecho de que cuando la corte habla de una manera y el pueblo de otra, hay que seguir a la corte... el uso de la corte debe prevalecer sobre el otro, sin buscar la razón de ello». (Vaugelas, 1647 cit. en Von Wartburg, 1962: 192)

Asimismo, la tendencia del siglo XVII, como contrarresto a la excesiva abundancia de adornos en la lengua, es la de eliminar arcaísmos y poner obstáculos a la creación de neologismos. Para que una palabra nueva sea aceptada, debe llegar a ser de uso general primero, por ello fue complicado que los autores inventaran nuevos términos.

Un ejemplo de esta depuración de la lengua lo podemos encontrar en la intención de Malherbe de eliminar la conjunción causal de coordinadas *car* al existir ya otras como *parce que*. Este debate llegó a manos de Vincent Voiture (1597-1648) cortesano francés al que mencionaremos en capítulos próximos. Mediante una carta dirigida a Mme. de Rambouillet en la que defiende el uso de *car*, consigue que prevalezca y que se conserve hasta nuestros días. Esto es una muestra de la importancia y relevancia que tenían los salones literarios y sus *salonnières* en la toma

⁵ Véase en el capítulo de «Los salones literarios, Mme. de Rambouillet».

de decisión de múltiples debates. Tanto es así que la lengua francesa de las mujeres, exenta de vulgarismos y tecnicismos, se convirtió en el modelo nacional. Malherbe creía que la musicalidad de una lengua debía buscarse en la práctica viva de las élites y en las conversaciones de las mujeres. (Craveri, 2003)

Este movimiento purista se encuentra a medio camino entre el preciosismo, del que se mofará Molière unos años más tarde, y lo burlesco, que es de lo que hace uso el autor francés para reírse de *las précieuses*⁶. (Von Wartburg, 1962)

A la muerte de Luis XIII, le sucede su hijo Luis XIV que nombra como ministro al cardenal Mazarino. Después de que la Fronda finalizara siendo un fracaso total, el rey no encontró ninguna oposición ni amenaza al régimen absolutista que ya era firme y bien organizado. Por este motivo, el cardenal pudo hacer y deshacer a su gusto para conseguir sus planes marcados, entre los que estaba el refinamiento aún mayor de la lengua.

Del mismo modo en que la sociedad se volvió más aristócrata, lo hizo así la lengua. Los salones hicieron que las clases altas de la sociedad sintieran cierto interés por la lengua, sobre la que nunca antes el aspecto social había cobrado tanto peso. Se puede decir que el idioma francés alcanzó su máximo grado de simplicidad y elegancia.

Los gramáticos se oponen a la idea de dar más prioridad al uso que a la norma gramatical, siguiendo así las tendencias de la época sobre la razón y la lógica. La forma prevalece sobre lo demás alcanzando una formalidad extrema.

Como ya hemos mencionado, en este siglo se tendió a ser más restrictivo mediante la supresión de términos especializados, así como de arcaísmos y neologismos. Tanto el francés hablado como el escrito se volvieron más prácticos y fue en este siglo cuando se estableció la norma de no pronunciar la 's' final que perdura hasta nuestros días. Sin embargo, las ciencias y las artes comenzaron a tener importancia y a ser traducidas al francés. Por ello, la Academia se vio obligada a crear un diccionario especial para este tipo de vocabulario que, según ellos, no formaba parte del lenguaje de los salones, es decir, del lenguaje literario y de la corte. (University of Ottawa)

⁶ Obra de Molière titulada *Las précieuses ridicules* (1659) en la que se burla de las conversaciones y modales de dos jóvenes provincianas que desean encajar en la sociedad parisina.

La aceptación internacional de la lengua francesa para las ciencias se apoya en su aceptación para el trato en las cortes europeas, para la diplomacia y para la literatura amena y no al revés. De hecho, la primacía del francés en el mundo elegante se adelanta como medio siglo a su difusión en las ciencias y en las letras. [...] El francés fue perdiendo su vigencia científica, mientras que su predominio social, diplomático y literario se mantuvo firme hasta poco más o menos la caída de Napoleón III. (Vossler, 1955: 376)

A nivel político y social, la monarquía de Luis XIV, junto con la Corte, perdió importancia y credibilidad. Ninguno de los posteriores reyes tuvo la personalidad suficiente para sacar a flote el desastroso país que había dejado su antecesor. Respecto al siglo XVII, este nuevo siglo hereda el culto a la razón, pero de un modo más libre. La Corte deja de tomar parte en la vida literaria e intelectual, dejando sin el modelo a seguir de gramáticos y estudiosos de la lengua.

La razón se vuelve soberana. No hay nada más por encima, ella es la autoridad suprema y es independiente. Los temas de conversación giran en torno a las ciencias, política, economía. Como ya hemos dicho, las ciencias tienen una incidencia importante en la sociedad francesa y esto hace que la nación se vuelque en su comprensión y debate. Ferdinand Brunot (1913) reclama el nombre de Renacimiento para designar a este siglo que pone de nuevo en contacto al pueblo con la naturaleza y la vida al sustituir la superficialidad de la Corte por un enriquecimiento científico.

En el siglo de la Ilustración se vuelve a retomar el objetivo impuesto por el rey Francisco I (1494-1547): introducir y mantener la unidad lingüística en el país, combatiendo en su propio territorio los dialectos franceses. Desde el Renacimiento, los gobernantes habían implantado un programa de preservación del francés como lengua culta en las instituciones europeas y en el cual se sigue trabajando, aunque por motivos distintos. Este plan se constituye por el rechazo a los dialectos, al verlo como un arma revolucionaria bajo la que se escondía una mentalidad anti-francesa. O eso creían los reyes. (Vossler, 1955)

Debido al afán que nació en el siglo XVIII por viajar, al carácter cosmopolita que distinguía ese siglo del resto, se introdujeron multitud de extranjerismos en la lengua francesa, principalmente del inglés. Mediante escritos, libros o revistas se presentaba al pueblo inglés como modelo social, educativo; se resaltaba su buen gusto, sus filósofos, etc. Algunos de estos anglicismos son *club*, *budget*, *franc-maçon*.

A su vez, los tecnicismos penetran en muchos escritores de la Ilustración como Rousseau o Diderot debido al influjo que ejercieron obras como *Emilio* o *La Enciclopedia*. Algunos de estos

tecnicismos son *alternative, identifier, ambient, teinte, éclaircis* o *glacier*. Fueron también muy numerosos en otros ámbitos como la agricultura, transportes o el colonialismo. Algunos de estos términos fueron: *coalition, corporation, counsellor, verdict, spéculateur*. Si bien es cierto que muchas de estos extranjerismos se perdieron rápidamente, como los dominios coloniales, existen algunas que permanecen hasta nuestros días como *gentleman* o *hôtel*. (Vossler, 1955: 379)

Sin embargo, muchos términos franceses se introdujeron en la lengua inglesa, los llamados galicismos. De hecho, no podemos olvidar que el francés fue durante mucho tiempo la lengua de la aristocracia inglesa, como bien refleja el *motto* de la monarquía inglesa «*Dieu et mon droit*», que significa, «Dios y mi derecho».

Dentro del léxico, donde más notable se hace este espíritu revolucionario de los ilustrados es en la formación de las palabras. Los sufijos nominales corrientes se ven rechazados por los sufijos más cultos *-ité, -ateur, -ation, -ible, -ature*. Otra gran cantidad de neologismos son creados como por ejemplo *abonnateur, agglomération, civilisation, initiative, legislature, patriotisme, journalisme* entre otros.

También se propuso la imposición de ciertos adjetivos terminados en *-aire* o *-if*, verbos en *-fier, -iser*. A principios de siglo XX, el investigador Max Frey dedicó su tesis al estudio de la literatura revolucionara francesa (1925). En ella muestra cómo los sufijos preferidos para formar neologismos «son aquellos con que puede designarse una doctrina o partido» (Vossler, 1955: 382). Añaden *-in* al final de nombres de dirigentes políticos, así como *-ien* o *-at* a otros vocablos, como por ejemplo *jacobin, robespierrien, dictatorial*.

Como bien dice Vossler, la nueva mentalidad de un pueblo se ve reflejada mucho antes en la lengua que en las instituciones o en los hechos, y en este caso del siglo XVIII, la lengua refleja ese *esprit* que delata desenfado, insolencia e incluso rebeldía. Como Voltaire lo define en su *Diccionario filosófico* (1764):

Lo que se llama esprit es [...] ya el uso desviado de una palabra, a la cual se presenta en un sentido mientras se da a entender otro diverso; ya una relación entre dos ideas poco usuales; es una metáfora singular; [...] es el arte de reunir, o de reunir dos cosas alejadas, o de dividir dos cosas que parecen coincidir [...]; es el de decir solo a medias el pensamiento, para dejar que se adivine.

La clave de este lenguaje ilustrado se encuentra en el ingenio, en la habilidad de esconder cierto doble sentido en expresiones que en principio no lo tienen.

Con el tiempo la lengua francesa se alejó de aquella gracia inocente y artística, propia del Renacimiento, para pasar a un uso forzado de juegos de palabras, antítesis, metáforas. Este encanto se vuelve metódico e incluso preparado, por ello, la originalidad y espontaneidad se pierden.

Teóricos como Condillac, Voltaire o La Harpe defienden una teoría por la que crear neologismos a partir de lo conocido, de las palabras sencillas y las representaciones. Voltaire por ejemplo expresó su desacuerdo al no existir un contrario de *implacable*, ni *altérable* como antónimo de *inaltérable*, convirtiéndose más lógica la lengua francesa. De acuerdo con este método también cabe destacar a Urbain Domergue que publicó en los años 1780-90 el *Journal de la langue française* donde explica

Agrandemos cuanto sea posible, exclama, las familias de palabras; en materia de idioma, como en política, la población es señal e instrumento de riqueza. Ya han pasado los tiempos en que una palabra, acorde con las leyes de la neología y exigida por la necesidad, se veía admitida o rechazada por el despotismo del capricho. (Domergue, 1784 cit. en Vossler, 1955: 384)

La cultura popular entró a formar parte de la vida y la literatura francesa con gran fuerza, como bien muestran los escritos de Rousseau, el marqués de Argenson o Bernis en una carta a Mme. de Pompadour en los que vemos reflejada esta tendencia en expresiones y vulgarismos como *perdre la tramontane*, que se traduciría por ‘perder el norte’ (traducción propia). (Von Wartburg, 1962: 219)

En definitiva, durante la época ilustrada el vocabulario francés aumentó, a causa de la incesante aportación de oficios, de otras actividades, de la influencia que ejercieron los países vecinos con sus lenguas (inglés, alemán, italiano) y de la importancia que la cultura popular irá adquiriendo con la Ilustración, el Romanticismo y la democratización de la sociedad. De tal manera que las clases altas otorgaron ‘permiso’ a las más bajas para hacerse partícipes de la cultura del habla, para intervenir en la ampliación del vocabulario francés sin importar títulos o riquezas.

En el siglo XVIII la gramática se convirtió en cosa sagrada, inalterable e incuestionable. Esto dio como resultado que la espontaneidad y creatividad se perdieran, en parte debido a dicha ‘obligación’ de seguir la norma, ya que ésta, la gramática, se fundamentaba en la lógica. Por este motivo, a los autores no les quedaba otra opción que mantenerse puros en la forma externa para poder tener más libertad en el contenido. «La aparente claridad y la corrección exterior de la sintaxis permitía en el sentido toda clase de ocultaciones. Basta para ello echar una ojeada a las *Liaisons dangereuses*.» (Vossler, 1955: 389)

La extendida creencia de que el francés se convirtió en el idioma universal en el registro culto y en las Cortes debido a su insuperable claridad, debería matizarse. Esta claridad, entendida como ausencia de contradicciones, da pie a la existencia de dobles sentidos y equívocos. «La lógica del idioma es buena máscara para encubrir engaños». (Vossler, 1955: 389)

En cuanto a la sintaxis, se llevaron a cabo pequeñas mejoras del uso clásico, reduciendo los casos de arcaísmos sin artículos, los de adjetivos acompañados de un complemento directo; se hicieron más severas las reglas de concordancia, así como el orden de los elementos de una oración; se eliminó la formación del plural de ciertos estados de ánimo como *honte* o *colère*; el *il* de sentido neutro solo se admitió para verbos impersonales; el relativo *qui* solo se usa, en la medida de lo posible, para personas.

En resumen, todas estas modificaciones tuvieron como propósito disipar y pulir los usos o normas que se habían quedado anticuadas. Sin embargo, para que la Academia reconociera o validara estos cambios hacían falta muchos años. Por ejemplo, en 1675 el jurista Beráin había propuesto modificar la *oi* por la *ai*. En 1780 se generalizó gracias al esfuerzo y empeño de Voltaire, pero no fue hasta 1835 cuando la Academia lo reconoció. (Vossler, 1955)

Con todo ello, podemos ver como estos dos siglos no se diferenciaron tanto. Lo que algunos se propusieron a principios del siglo XVII, se ha seguido llevando a cabo por otros estudiosos durante los años siguientes para conseguir que el francés se mantuviera como lenguaje universal, un modelo a seguir por el resto de países. De forma obligada tuvieron que adaptarse a las nuevas corrientes científicas que aparecieron de la mano de la Enciclopedia y de países extranjeros. Porque como sabemos, la lengua es el reflejo de la sociedad.

4.3. La cultura de la conversación

Como muestra de la importancia de este fenómeno en Francia y como base que es de los salones literarios, me gustaría comenzar con una cita de Georges Mongrédien (1947: 187) que dice «El arte de la conversación es tan esencialmente francés que resulta difícil escribir su historia».

4.3.1. El término: concepto y etimología

En la historia, la palabra ‘conversar’ ha tenido múltiples significados, dependiendo de la época, del idioma, etc. El verbo ‘conversar’ como lo conocemos actualmente se podría traducir al italiano por ‘*ragionare*’ o al francés por ‘*deviser*’. Esos serían sus equivalentes más precisos. Sin embargo, no fue hasta 1574 cuando apareció la palabra italiana ‘*conversazione*’ en un título: *La civil conversazione* de Guazzo (1530-1593). Veamos ahora las transformaciones que ha sufrido este concepto durante los siglos.

En el latín clásico, ‘*conversatio*’ significaba ‘intimidad’. Más tarde en Italia, se asoció el término a una idea parecida, aconsejando evitar, en general, las *conversationsi*, es decir, el trato con personas viciosas. Ya en el siglo XVIII, pasó a designar una ‘reunión’ o ‘asamblea’, como actualmente la conocemos. (Burke, 1996)

También han sido muchos los escritores que, dependiendo de la situación, le han dado un sentido u otro. Estos son algunos ejemplos:

- Mediante el uso de «conversación civil», se hace referencia a las relaciones de cualquier joven en el tratado sobre el caballero James Cleland.
- En la actualidad, los ingleses siguen usando «conversación criminal» para designar al motivo de divorcio más común en los matrimonios anglosajones, las «intimidades extramatrimoniales».

Como podemos ver, algunas de las expresiones que incluyen el término ‘conversación’ y que se siguen usando, aúnan los significados que ha poseído este término durante la historia, como en el último caso.

Ahora bien, ¿qué sería de una conversación si solo atendiéramos al mero acto de hablar y no lo relacionáramos con el aspecto social? Todos sabemos cuál es el requisito clave para que se produzca una conversación: hace falta más de una persona.

Bien es cierto que no fue hasta el siglo XV cuando en Italia se consideró la lengua como un fenómeno primariamente social. Estas declaraciones nos confirman que, ya unos años antes de la existencia de los salones literarios, la población concebía «el arte de hablar» como un rasgo social, algo que les distinguía de los demás. Es por esta razón por la que las clases más altas de la sociedad, principalmente la aristocracia y la nobleza, dedican una parte de su educación a los buenos modales y al aprendizaje de conversar.

La conversación es un género muy especial que podría caracterizarse por las siguientes cuatro normas, aunque ciertamente son muchos teóricos, como Searle (1969), Dascal (1992) o Burke (1996), por nombrar los más recientes, los que siguen reflexionando sobre ello:

1. Se basa en el principio cooperativo (Grice, 1975). Para entender mejor esta idea, el autor La Mothe (1643-44) comparó en uno de sus escritos el tenis con la conversación. Según él, un tenista podía dar a la pelota de forma que el contrincante pudiera responderla, o golpear de forma violenta y acabar el punto. En la conversación sucede exactamente lo mismo. En la Edad Moderna se diferenciaba entre participante colaborativo o adversario, que hace referencia a los dos prototipos de jugadores. Hay que tener en cuenta que en esa época existía una sociedad más jerarquizada, por ello, para algunas personas era impensable mantener una conversación con ciertos individuos.
2. Igual distribución de los «derechos del interlocutor» o también llamado «recíproco intercambio de ideas». (Fielding, 1743 cit. en Burke, 1996: 117)
3. Espontaneidad e informalidad. Este principio ha producido siempre mucha controversia porque, si bien es cierto que para saber conversar en cualquier situación había que prepararse, también era necesario que las palabras fluyeran de manera natural. Para solventar esta controversia, varios teóricos llegaron a la conclusión de que una buena conversación debería encontrar un punto entre tensión y equilibrio, un punto intermedio de estas cuatro normas.
4. «Falta de semejanza con las conversaciones de negocios» según Samuel Johnson⁷ (1709-1784), poeta y crítico literario inglés. Esta frase atiende a la idea de que en una conversación no debemos tratar temas demasiado importantes como puede ser temas financieros,

⁷ De aquí en adelante nombrado como Doctor Johnson.

laborales,etc. En relación con este principio, existe en inglés la expresión *Talk shop*, cuyo significado es «hablar de negocios fuera de tiempo». La primera vez que se registró fue en 1814, aunque como se puede comprobar por este principio, ya existía esta idea mucho antes. (Burke, 1996: 118)

Como más adelante veremos, siempre han existido dos grandes ámbitos en los que se desarrolla una conversación: el público y el privado. Desde el s. XVI «lo público» empezó a estar más relacionado con el Estado y «lo privado» con lo contrario, con las situaciones más alejadas de él. Según Habermas (1989) la imprenta tuvo un papel muy importante en la definición del espacio público moderno ya que favoreció al modelo de comunicación basado en la palabra al estimular el acto de conversar cara a cara. «Estas palabras llevan la concepción griega clásica de la vida pública: los salones, clubes y cafeterías de París y Londres eran el equivalente a las asambleas y plazas de la Grecia Antigua» (Fernández Hasan, 2009)

A partir del S. XVII los términos empleados para 'público' cambiaron en toda Europa. Anteriormente en inglés se usaban palabras como *world* y *mankind*, sin embargo, desde ese momento comenzó a emplearse *public*, *le public* en francés y *Publikum* en alemán. El periodista alemán de la Ilustración, Christian Thomasius, publicó en 1710 un análisis sobre la sociabilidad del hombre titulada *Kurzen Entwurf der politischen Klugheit* (Breve esbozo de la sabiduría política).

El motivo de todas las sociedades es la conversación. No obstante, a su juicio (el de Thomasius) existían dos tipos de conversación, que eran la cotidiana, la que se sostiene con todas aquellas personas con las que nos topamos, y la excepcional, la que sostenemos con nuestros mejores amigos. Thomasius no distinguía tan sólo entre conversatio privata y conversatio publica, sino que confería un carácter muy especial al concepto de la conversatio en privado [...] La confianza era la condición sine qua non de la interacción individual. La palmaria crítica que esta conversación dirigía contra el ideal de la conversación tradicional, y por consiguiente, contra la sociedad, encontraba su nicho social en la clase emergente de los ilustrados y las instituciones sociales de amistad que dirigían. (Bödeker, 1987 cit. en Im Hof, 1993)

4.3.2. La naturaleza de la conversación: aproximación a su historia

La historia de la conversación tiene una larguísima trayectoria ya que sus orígenes están ligados a los del 'habla' visto como habilidad humana. Sin embargo, si queremos concretar algo más, fue Platón (427 a. C.- 347 a. C.) en Grecia quién, por primera vez, presentó a su profesor Sócrates

como “maestro en el arte de hablar”. Su método fue revolucionario ya que hizo uso de los diálogos entre dos o más personas de cualquier nivel social para que llegaran a ciertas verdades o conclusiones por sí mismos. A este diálogo metódico lo denominó *mayéutica*.

De esta afirmación, podemos deducir que fue en ese momento cuando culturalmente se empezó a dar valor a un acto como este. A su vez, Plutarco (45 d. C.-120 d. C) reflexionó en su obra *Symposiakon* sobre los temas de conversación apropiados en los banquetes, entre los que excluía charlas ociosas y frívolas. Mediante estos escritos, los filósofos de la Antigua Grecia comenzaban a dar forma a lo que en un futuro se consideraría un arte.

A lo largo de la historia, muchos intelectuales han dedicado su tiempo y sus esfuerzos a investigar la sorprendente riqueza de esta actividad del ser humano. Dicha riqueza viene dada por la existencia de infinidad de variantes y detalles que entran en juego dentro de la misma. ¿Cómo hay que hablar?, ¿quién debería tomar la palabra?, ¿cuándo?

En Roma fue Cicerón (106 a. C.-46 a. C.) quien, en el conjunto de sus muchos escritos, le dedicó uno al «discurso común» (44 a.C.). Durante su elaboración, se percató de que, mientras que para los actos de habla públicos sí que existían una serie de reglas o normas, no existían ningunas que hicieran referencia a las conversaciones privadas. Por ello se atrevió a expresar su opinión y aconsejó que estas ‘pláticas’, como así las llama, fueran serenas y sin pasiones, que todo el mundo pudiera participar y que no se hablara negativamente de personas que no estuvieran presentes.

Otro erudito romano, Varrón, escribió también sobre los temas que debían ser debatidos/mencionados en los banquetes, además de ser tratado por Aulo Gelio, cuyo ideal de *urbanus homo* era alguien a quién interesaba la conversación (Gellius, 1927: 11-13 cit. en Burke, 1996).

Si pasamos a la Edad Media, fueron los trovadores los encargados de transmitir la importancia del «bien hablar» y del «hablar cortes» (*gent parler*), como hizo Marcabré (1909).

En Alemania fueron muy valorados los ‘urbanitas’ (Jaeger, 1985:145) dentro de los círculos cortesanos, término que en la actualidad viene definido por la RAE como “persona que vive acomodada a los usos y costumbres de la ciudad”. En definitiva, apreciaban la presencia de nobles y/o aristócratas intelectuales con los que poder mantener una conversación agradable y respetuosa, en la que todos sacaran algún provecho.

Por otra parte, autores como Andreas Capellanus (1150-1220), ofrecían en sus libros modelos de discursos tanto para hombres como para mujeres (1941 cit. en Burke, 1996). Otras

obras de la época hacen referencia a otras conversaciones practicadas en diferentes estilos, como por ejemplo el del 'flirteo' o 'galanteo'. Para entender este notable número de escritos dedicados a la conversación, debemos tener en cuenta que a finales de la Edad Media se concedía gran importancia a la manera de hablar en el contexto de las clases elevadas, un aspecto que en la actualidad se ha perdido. Este grupo social debía destacar en muchos aspectos, y uno de ellos era en sus maneras y modales, que incluye claramente el modo de hablar. A este hecho, se suma que hubiera un vacío en cuanto a ideales de conversación según las diferentes situaciones y temas. En resumen, la aristocracia tenía esa rotunda necesidad de hablar bien pero no disponían de los textos adecuados. De ello se dieron cuenta moralistas y escritores, dando lugar a dicho incremento en el número de tratados que hablan sobre el tema.

Teniendo en cuenta los principios mencionados en el anterior apartado, los moralistas del siglo XVI publicaron numerosos tratados o manuales sobre los buenos modales, en francés, *bienséances*. Si bien es cierto que en cada país asimilaban la teoría a su modo, existían unos principios comunes.

En general, todos los manuales hacían referencias a la jerarquía social de forma que consideraban inapropiado dirigirse de la misma manera a un rey o a un profesor que a un vendedor. También muchos autores hacen hincapié en la idea de permitir participar a los 'circunstantes', es decir, a todo aquél que estuviera alrededor, aunque es más que obvio que algunos grupos sociales como los criados estaban excluidos. En resumen, todos estos tratados plasmaban aquellos lugares comunes, como por ejemplo «No hables mucho de ti mismo», «no interrumpas a los demás», «no alces la voz». Lugares comunes que perduran en el tiempo y que de alguna manera se han convertido en clásicos.

Sin embargo, frente a estos principios comunes, se oponían las diferencias culturales entre países. Lo que quizás sea normal y respetuoso en España, puede que no lo sea en Reino Unido. Por este motivo, se dieron algunas diferencias en cuanto a la aceptación y puesta en práctica de estos manuales de los buenos modales según el país.

Dentro del continente europeo, se podría afirmar que Italia fue la cuna del arte de la conversación durante el s. XVI. Giacomo Leopardi (1798-1837), erudito italiano del Romanticismo, critica el estilo agresivo e irrespetuoso de los italianos, que, según él, no se preocupan en exceso por la conversación. Los primeros vestigios que existen de este término en Italia aparecieron en unos textos renacentistas, en los que se usan los adjetivos *conversabile* y *conversativo*, lo que en español sería 'sociable' y 'conversador'. (Burke, 1996)

Como obras de referencia para este capítulo, tomaremos tres tratados italianos: *Il Cortegiano*, de Baldassare Castiglione (1528); *Il Galateo* de Della Casa (1558) y *Civil Conversazione* de Guazzo (1574) que posteriormente fueron tomados como referencia para otras obras del mismo género en otros países.

En *Il Cortegiano*, el autor reflexiona sobre el habla cotidiana siguiendo el método de Cicerón, es decir, el diálogo. Según él, lo que diferencia a un buen conversador de uno malo es su gracia e ingenio. Recalca el hecho de tener en cuenta la posición social de los interlocutores y aconseja que las mujeres se mantengan calladas, al margen.

Siguiendo esta línea, se publicó unos años más tarde el manual *Il Galateo*, en el que Della Casa amplía la información proporcionada por Castiglione (1478-1529). La mayor diferencia existente entre ambos es que Della Casa (1503-1556) es más negativo y jerárquico. En su escrito trata los aspectos negativos del 'galanteo', aconseja no corregir al resto de participantes para no sonar como un 'sabelotodo' y, por último, nos enumera una serie de temas que deberíamos evitar en una conversación, como pueden ser el hablar de uno mismo, de los sueños y de las riquezas personales. En definitiva, es un autor mucho más normativo, que a diferencia de Castiglione no cuestiona las costumbres relativas a la conversación dominantes de la época. Sin embargo y ante todo, los dos autores recomiendan que sus lectores sean *amichevole e dolce nel conversare*, como dijo Della Casa, o *gentile ed amabile maniera*, como promulgó Castiglione. (Burke, 1996; Craveri, 2003)

Por último, en *Civile Conversazione*, Guazzo trata dos términos clave en una conversación: *accomodazione* y *mediocritá*. El primer término, que está siendo actualmente estudiado entre lingüistas como Howard Giles, creador de la *Communication accommodation theory* (1973), hace referencia a la capacidad y necesidad de las personas a adaptarse a la situación, cualquiera que sea. El hombre ha de ser inteligente para saber de qué modo hablar o cómo comportarse en cierta situación o ante cierta persona, ya sea joven o viejo, rico o pobre, de todos se puede aprender algo.

Por otro lado, el segundo término tiene un trasfondo más filosófico, concretamente en Aristóteles. Fue el quién aseguró que la virtud se encuentra en el término medio, idea que más tarde quedó plasmada en la célebre cita latina «*in medio virtus*». Con esta referencia, Guazzo aconsejaba que los lectores no se tomaran todas las recomendaciones al pie de la letra y que mantuvieran el equilibrio entre el respeto y la ofensa, entre la diversión y la seriedad. (Guazzo, 1574:100 y siguientes cit. en Burke, 1996)

Debido a la espléndida aceptación de este tipo de publicaciones en Europa, unos años más tarde estos tres manuales fueron traducidos a varios idiomas, como son el inglés, francés, español o alemán. El interés de los italianos por este arte se propagó rápidamente, en especial hasta Francia. La principal razón reside en la sociedad y situación cultural de la época. Se puede decir que adoptaron estas normas de forma «demasiado» estricta.

Como ocurre con todas las ideas o corrientes que se originan en un sitio y más tarde se propagan por otros, en el camino se transforman. En el caso de los tratados de los buenos modales italianos, con su llegada a Francia, se creó un nuevo género, en el que se centraban básicamente en la conversación.

De entre los múltiples tratados sobre los buenos modales que fueron publicados en el siglo XVII, podríamos destacar *Traité de la cour* de Eustache du Refuge (1617), *Maximes de la bienséance en la conversation* (Anónimo, 1618) o *Remarques sur la langue française* de Vauguelas (1647), célebre gramático y uno de los primeros miembros de la Academia francesa.

Todos ellos comparten el mismo objetivo: dar respuesta a la pregunta ¿cómo debería de ser el lenguaje correcto? Existen una serie de lugares comunes, ya mencionados antes, que la mayoría de autores comparten, como por ejemplo evitar barbarismos o solecismos que quiten pureza a un idioma y perjudiquen al acto de la *galanterie*, o como expresaron Faret (1630:73-77) y Trotti (1683:35), «es preciso no hablar demasiado», así como «la gente que habla mucho no es adecuada para la corte» (Burke, 1996: 132)

Como se puede apreciar, tanto el aspecto lingüístico como el social ya se habían fundido. Además del apellido y las vestimentas, el modo de hablar decía más de uno mismo que el resto de cosas, por ello debían de cuidar tanto este aspecto.

Dichas ideas relacionadas con el cuidado por el «bien hablar» comenzaron a formar parte de la cultura femenina en un momento en el que la mujer gozaba de gran presencia en la corte francesa. Este fenómeno femenino se verá reflejado en la creación de los salones literarios, lugares en los que el lisonjeo y la *galanterie* se ponían en práctica sin ningún tipo de miramientos. La creación de estos lugares de reunión tuvo una gran repercusión en la manera de conversar y en la lengua francesa, como veremos más adelante. Los hombres centraron sus ideas en encontrar la manera más apropiada de dirigirse a las mujeres (Mere, 1677 cit. en Burke, 1996). Muchas de ellas criticaban el lenguaje vulgar usado por otros grupos sociales, sin darse cuenta de que mediante el estricto seguimiento de estas normas, las primeras que rozaban la ridiculez eran ellas mismas.

Moliere fue el primero en darse cuenta de este hecho y se atrevió a burlarse de ellas en sus libros. En *Femmes savantes* (1672), las protagonistas no toleraban expresiones que fueran condenadas por Vauguelas, muy apreciado en aquél periodo. Estos ejemplos dejan claro que las mujeres llegaron al punto de la «ultracorrección».

Morvan de Bellegarde (1667) afirmó en la siguiente cita que «el mayor secreto de la conversación consiste en ajustarse al carácter de las personas que uno frecuenta». Cita que claramente hace referencia a la idea de la jerarquía y al término italiano *accomodazione* de Guazzo, que deriva a su vez de las palabras de Aristóteles.

Por otro lado, Ortigue (1688) recomienda a sus lectores que se abstengan de la afectación y que usen una manera de hablar «más o menos equivalente a la urbanidad de los antiguos romanos». La espontaneidad era algo muy valorado en una conversación. Los participantes debían, al menos, aparentar que lo que estaban diciendo no estaba preparado con anterioridad. Es Sorel quien profundiza algo más en esta idea y propone que se muestre vacilación e incluso cierta torpeza durante la pronunciación del discurso. Afirma que es mejor dejarse llevar por el «instinto» (*habitus*) que por las reglas (Anónimo, 1618 cit. en Burke, 1996: 134).

Además de las conversaciones que se pueden producir en una situación corriente, existen también otros tipos de conversación, como puede ser la familiar o la religiosa. La primera se caracteriza por excluir el tono imperioso y la manera decisiva. En cuanto a la conversación religiosa, la siguiente cita del tratado de La Treppe refleja muy bien el protagonismo que tenía la religión en esa época: «uno rara vez debe dar su propia opinión, sino que debe repetir la de los santos» (Anónimo, 1719: 56 cit. en Burke, 1996: 133).

Fueron mucho los autores, como Trotti (1683) o Du Bosc (1632), que reflexionaron sobre los temas de conversación que debían ser o no tratados en un plática. A nivel general, fue La Rochefoucault el primero que distinguió la conversación seria de la conversación *enjouée* o galante. Como ya hemos mencionado, debido al contexto social y cultural que caracterizaba a Francia en esos siglos, el tipo de conversación que más se practicaba era la galante, por lo que los siguientes temas se ven incluidos en este ámbito. (Burke, 1996)

Por un lado, las mujeres estaban cansadas de los mismos temas de conversación masculinos, como eran la cacería, cetrería o guerras con los Países Bajos. A su vez, los hombres reclamaban que las mujeres siempre conversaran de vestidos o quehaceres domésticos. Trotti decidió excluir los temas relacionados con la política y la religión. Mme. de Scudery recomendaba

platicar sobre temas cotidianos y galantes antes que de cosas serias. Por todo ello, el número de temas adecuados quedaba muy reducido. Como consecuencia de estos consejos, el marqués de Vauvenargues observó que las conversaciones se volvieron frívolas y generales. Tengamos en cuenta que no estaba bien visto hablar de uno mismo, ni de su familia, ni de sus sueños, ni de economía, política o religión. Entonces, ¿qué les quedaba? La respuesta se halla en el galanteo. Por suerte, esta situación cambió con los años y en los siglos posteriores la gente tenía más libertad para decidir el tema del que hablar.

Paralelamente, en G. Bretaña se abrió paso también con mucha facilidad este interés por encontrar la manera adecuada de hablar. Anteriormente, comenzaron a indagar un poco sobre el tema filósofos como Bacon o Locke, como se puede leer en *Algunos pensamientos relativos a la educación* (Locke, 1693). Sin embargo, no fue hasta el s. XVIII cuando las ideas francesas se convirtieron en una verdadera corriente. Además fue también en este periodo cuando surgió una nueva vertiente artística en la que los pintores plasmaban *conversation pieces* (escenas de conversación), como por ejemplo *The Auriol and Dashwood Families* (1783-7) del pintor alemán Johan Zoffany (1733-1810).



Las recomendaciones inglesas que podían discrepar de las del resto de países europeos y que pueden tener más repercusión en la actualidad son las siguientes: no perturbar o importunar una conversación mediante el empleo de bromas o autoelogios y no contradecir directamente a ningún participante (en relación a esta idea, surgió la expresión «*I'm afraid that*» que hoy en día es de las más usadas en el idioma inglés para expresar formalidad).

Algunos escritores británicos propusieron la creación de una academia sobre las normas lingüísticas del inglés según el modelo francés de la *Académie française*, fundada ya un siglo antes. John Constable, en su *The Conversation of Gentlemen* (1738), mostró claramente ese afán generalizado por la cultura francesa al expresar que “es difícil encontrar conversación más agradable que la que practican los franceses”.

Durante este siglo, fueron muchos los textos, cartas o artículos que se publicaron sobre el tema en G. Bretaña y todos ellos tenían dos rasgos comunes que les diferenciaba de las ideas francesas: la tradición y la informalidad. Los ingleses no estaban dispuestos a abandonar sus costumbres en cuanto al comportamiento y al conservadurismo. Por otro lado, fue Addison (1672-1719) quien sostuvo que la conversación debía ser algo informal, debían luchar contra el exceso de ceremonias y cumplidos. Por estos motivos, se puede claramente observar como existía un contraste entre el estilo inglés y el francés, entre la franqueza y la cortesía. (Burke, 1996)

Para finalizar este capítulo, podríamos decir que la conversación sufrió durante los siglos XVII Y XVIII muchas transformaciones. Esto se debe a que depende mucho del contexto social y a que se ve afectada por cualquier cambio cultural que se produzca. Por diversos motivos mencionados anteriormente, la conversación se convierte en un signo distintivo de las clases sociales más altas y por ello se produjo un aumento en las publicaciones de manuales y tratados de buenas maneras. Aunque el origen de este tipo de literatura se hallara en Italia, fue en Francia donde tuvo mayor aceptación y popularidad. Unos años más tarde, esta corriente llegó también a G. Bretaña donde se alejó en cierta medida de las ideas francesas y reaccionó contra la formalidad de la corte. Como dice Burke (1996: 141), «mientras que la conversación francesa olía a corte, la inglesa seguía oliendo aún a campiña».

4.3.3. El silencio como parte fundamental de una conversación

«Oír, ver y callar». Uno de los refranes más típicos de la cultura española que otorga al silencio un gran valor, además de no hacer ninguna referencia a la palabra o al habla. Quizás sea porque el silencio es más importante que la voz.

Como el título dice, el silencio forma parte de cualquier acto de comunicación, siendo incluso necesario. Muchos han sido los escritores que han opinado sobre este tema y lo han estudiado como si de un signo de educación se tratara. Existe gran variedad de juicios acerca del significado del silencio: ¿con qué intención se calla una persona?, ¿aporta algo negativo o positivo a la conversación? Dependiendo del manual, se ha expresado como la parte más importante de una conversación o como “una arrogante presunción de superioridad” (Sabertash, 1842: 39 cit. en Burke, 1996: 156).

Un gran número de estudiosos mantiene que el silencio es algo inapropiado y maleducado. Por ejemplo, G. Bernard Shaw afirma que el silencio «es la expresión más perfecta de menosprecio». En la misma línea, Chevalier de Mère dijo que era una «gran falta» ser demasiado aficionado a callarse. Otros autores optan por una opinión más neutral: saben que el silencio es necesario en muchas ocasiones, pero no puedes mantenerte siempre callado. Este es el caso de Österberg, quién dedico su vida a estudiar la cultura islandesa. En uno de sus textos, afirmó que «los hombres de Islandia permanecen silenciosos cuando es peligroso hablar, y casi siempre es peligroso hablar» (Österberg, 1991 cit. en Burke, 1996: 158). Esto nos muestra que la cultura islandesa, como otras muchas del norte, tienen en cuenta el valor del silencio y siempre tienen presente que lo que se dice ya no puede retirarse, por ello, mejor callar que arrepentirse. Por estos motivos, como ocurre con el acto de hablar, la clave está en un término medio.

En los tratados de los buenos modales se mostraba el silencio como una herramienta que, usada de forma inteligente, puede ayudarte o sacarte de algún que otro apuro. En relación a esta idea, La Rochefoucauld escribió sobre la necesidad de «savoir se taire» (saberse callar) (La Rochefoucauld, 1946 cit. en Burke, 1996).

Una vez introducido el tema, vamos a centrarnos en cosas más concretas. Antes que nada, debemos tener en cuenta que el significado del silencio ha variado según la época, la cultura, etc. Sin embargo, nos centraremos en el papel del silencio en el siglo XVIII, como lo requiere el presente trabajo.

Existen diferentes escenarios en los que el silencio es una prerrogativa vinculada al lugar o circunstancia, aunque una de sus principales características es la de que constituye un espacio que rodea al gobernante, como por ejemplo en la corte, en los juicios, o incluso en los funerales.

En primer lugar existe el silencio de respeto. Esta idea la podemos ver reflejada en costumbres diarias. En nuestro país, un ejemplo de esto sería el acto de callarse cuando alguien recibe una reprimenda, o frente a tus padres o profesores. En segundo lugar, el silencio puede ser un signo de conspiración, de misterio. Podemos ver esto representado en las películas, cuando algún actor dice “tsschh, silencio, no se escucha nada” y todos los allí presentes saben que algo va mal o si vemos la cara de un actor callado, en primer plano, sabemos que algo está tramando o está planeando algo malicioso.

Esta idea nos lleva al siguiente punto: el silencio como signo de temor o miedo. A todos nos ha ocurrido en algún momento que nos hemos quedado sin habla cuando sentíamos pánico o terror. Se trata de una reacción involuntaria del cuerpo. Nos quedamos paralizados y no somos capaces de movernos ni de gritar. Concretamente, podemos verlo reflejado en la mafia italiana. Muchos son los que sufren las amenazas de estos grupos, pero pocos los que se atreven a hablar de ella.

Otro ámbito en el que el silencio cobra una valor muy importante es en la religión. Fueron Pitágoras y Plutarco los primeros en percatarse de este hecho. Silencio y religión han ido de la mano en la historia. Dentro de este ámbito existen muchos tipos de silencio: el personal, como así lo denominó L. Wittgenstein, el pagano o cristiano, el deliberado, en la iglesia o el silencio mental (Burke, 1996: 159). En los siglos XVII y XVIII se produjo una reforma tanto católica como protestante que, obviamente, tuvo repercusión en el discurso y en el silencio. Durante las guerras de religión se popularizó una nueva forma de silencio que se basaba en disimular las verdaderas opiniones de uno mismo. Este método, también llamado “nicodemismo” o “disimulación” tiene su origen en Nicodemo, un fariseo que se escapaba todas las noches para escuchar predicar a Jesús, pero que por el día simulaba respetar los preceptos judíos. Dicho término fue acuñado por Calvino, quién lo utilizó para nombrar a los protestantes que, con el objetivo de no ser perseguidos, aparentaban públicamente seguir el catolicismo.

Estas reformas también supusieron cambios más trascendentales. El Papa Pío V quiso extender el silencio del claustro a la iglesia. Con este objetivo, publicó un decreto por el que los fieles no podían charlar ni pasear dentro de la Iglesia durante las misas. En 1580, Michael de Montaigne, observador extranjero, se quedó sorprendido durante una misa en Verona al ver hablar a los hombres en el coro y de espaldas al altar (Burke, 1996). Este ejemplo demuestra las diferencias

existentes entre los países. Parece que estas normas se implantaron mucho antes en Francia que en Italia, o quizás simplemente las cumplían de modo más estricto. Gracias a los testimonios de los viajeros, podemos comprender y observar de manera más personal, detallada y objetiva los cambios producidos en la Europa del s. XVIII.

Como ya hemos observado, los monjes (e incluso los fieles) eran personas de las que se esperaba silencio, pero, ¿existían más grupos sociales que debían permanecer callados con frecuencia? Así es. Uno de ellos son las mujeres. Un antiguo proverbio ya decía que «el silencio presta gracia a la mujer», idea que adoptó Sófocles y plasmó en uno de sus poemas (Ajax: verso 293 cit. en Burke, 1996). Aristóteles, reflejó asimismo en su obra *Política* dicho «deber» del género femenino (1509: libro I,5). Esta figura de mujer callada y apartada de la sociedad, dedicada fielmente a la religión o a la familia no ha variado en gran medida hasta el s. XX, momento en que el movimiento feminista alcanzó su auge brindando más libertad a las mujeres. Desgraciadamente, el silencio sigue considerándose un atributo femenino en ciertos círculos sociales.

El problema es que, como ocurrió con los consejos que se proporcionaban en los manuales de los buenos modales, ciertas mujeres llevaron estas recomendaciones sobre el silencio al extremo.

Francesco da Barberino decía que «una muchacha no debe ser muda, debe callar según el lugar y el momento». Los cortesanos romanos llegaban incluso a burlarse de las señoras por mostrarse «tan silenciosas como piedras». En Italia se decía que las mujeres eran *sfrenata di lingua*, es decir, muy parlanchinas. Ello podría causar escándalos y para evitarlo se llegó a castigar a algunas de estas mujeres. La idea del sexo femenino ha ido siempre ligada al pudor y la modestia, al respeto. (Burke, 1996)

Otro gran grupo social que debía permanecer al margen y callados eran los niños. Caxton, en su *Libro de Urbanidad* expresó que «deben estarse quietos en sus aposentos y silenciosos en el salón» (1477: verso 204 cit. en Burke, 1996: 164). Siguiendo esta línea, en la época victoriana se puso de moda la norma «*children should be seen but not heard*».

Teniendo en cuenta esta información surge la pregunta, ¿qué ocurría con los hombres?, ¿acaso ellos no debían guardar silencio? Lo cierto es que sí, pero en cierta medida. Partiendo de la base de que el papel del hombre siempre ha sido mucho más céntrico, importante y notorio, también disfrutaba de una libertad incomparable a la de la mujer. Sin embargo, había situaciones en las que el género no importaba y el silencio era requerido para todos. Los cortesanos, por ejemplo, debían hablar poco o callar ante el rey, y viceversa. Las comidas debían transcurrir de manera tranquila y

silenciosa, como muestra de respeto hacia el anfitrión. En los casos en que se presentaba un extranjero, también debían callarse, pues quizás no conocieran el idioma y supondría una falta de respeto para el extraño.

Durante este apartado hemos podido ver que en ciertos puntos se diferenciaban algunas culturas europeas. Esto nos plantea la duda de si el silencio tiene un significado u otro dependiendo del país y de si algunas culturas tienden a ser más calladas o locuaces.

Por lo general, en las culturas del norte como Gran Bretaña o Alemania tienden a ser más callados y a tolerar mejor el silencio. Lo ven como algo necesario en la vida diaria, como una herramienta útil que puede ayudarte a solventar ciertas situaciones. En cambio, en las culturas sureñas, como España o Italia, las personas son más directas y pasionales. Esto nos lleva en muchas ocasiones a expresar en voz alta la primera idea que cruza nuestra mente, causándonos algún que otro conflicto.

Aún así, son numerosas las muestras que recomiendan guardar silencio en la cultura española. Expresiones como por ejemplo «oír, ver y callar», «en boca cerrada no entran moscas» o «la palabra es plata y el silencio es oro».

El problema que surge al hacer estas comparaciones entre países es que se tiende a generalizar o aceptar estereotipos si no se advierten las pequeñas diferencias. Durante los siglos XVI y XVII las conductas europeas, tanto del norte como del sur, tendieron a diferenciarse aún más. Uno de los motivos fue la aceptación, no de igual manera, de estas normas del habla y del silencio en el mundo protestante y en el católico, agrandando aún más la brecha que existía ya entre estas dos religiones.

4.4. Los salones literarios

4.4.1. Etimología y definición

La palabra 'salón' proviene del francés *salon*, que apareció nombrada por primera vez en 1664 con el sentido de «sala de recepción de un palacio». Con los años, ha ido adquiriendo otros sentidos añadidos a este concepto espacial, como ocurría con la lengua y su aspecto social. Hasta principios del siglo XVIII no se le otorgó otra concepción a este término, cuando se decidió denominar *salons* a las exposiciones organizadas en el Museo del Louvre. Por último, en el siglo XIX, Mme. de Staël, en su obra *Corinne*, empleó este término, como está referido en el presente trabajo, como un salón para conversar. Con el objetivo de unir de forma definitiva estas tres acepciones que posee el término, la espacial, la artística y la literaria, Diderot tituló a sus artículos de crítica artística publicados desde el siglo XVIII «*Salons*». (*Dictionnaire Littré*).

Una vez que conocemos la procedencia de este término y los cambios que ha sufrido en su significado desde su creación/aparición, nos queda por saber qué fueron los salones literarios o la llamada cultura de los salones. Antes que nada, debemos tener claro que los salones existían ya desde el siglo XVII como salones de la nobleza donde se originaron las ideas de La Fronda. Sin embargo, es nuestro deber el centrarnos en los salones literarios del siglo XVIII al haber sido su época de máximo esplendor en la que todas las ciudades importantes de Europa contaban, al menos, con uno. Además, fue donde la Ilustración y la posterior Revolución tomaron forma.

Una vez explicado esto, centrémonos en la definición de salón literario. Los salones literarios fueron un fenómeno cultural europeo del siglo XVIII. Su núcleo se localizó en París, donde, con los cambios políticos y sociales que se estaban produciendo, las mujeres anhelaban convertirse en ciudadanas y liderar un lugar privado en el que poder conversar con intelectuales de su nivel. En sí, eran formas aristocráticas de asociación libres de censuras y trabas. Allí se daban encuentro por un lado los aristócratas, que aportaban los buenos modales y por otro los intelectuales que aportaban el conocimiento. Esto dijo D'Alembert al respecto: «Los unos aportan el saber y las luces, los otros la cortesía y la urbanidad que el mérito mismo necesita adquirir [...]. Los hombres de mundo salían de su casa más cultos, y los hombres de letras, más amables.» (D'Alembert, 1821-22, III: 295 cit. en Craveri, 2005: 63)

Su esplendor llegó en los años 1700-1750 de la mano de *salonnières* como Madame du Deffand o Madame Récamier. El trato entre los invitados era informal y amistoso ya que, aunque los allí presentes pertenecieran a distintos estratos de la sociedad, su reputación se medía en términos

de intelecto, no de estatus ni riqueza. A todos les unía su interés y gusto por el arte, las ciencias, la educación y el entretenimiento. En las conversaciones se trataban los temas de actualidad en cada momento, como las nuevas corrientes filosóficas de Kant o la redacción y publicación de la esperada *Enciclopedia*. Esta comunicación iba unida a un atractivo estético que potenciaba todo cuanto se decía. El fundamento de esta cultura recae en el ingenio del hablante, la capacidad de respuesta del oyente y esa placentera relación que surge de estos diálogos. «There is, perhaps, no method of improving the mind more efficacious, and certainly none more agreeable, than a mutual interchange of sentiments in an elegant and animated conversation with the serious, the judicious, the learned, and the communicative» (Traducción propia⁸). (Knox, 1782 cit. en Prendergast, 2015)

Junto a esto, los ritos de urbanidad basados en el refinamiento y el respeto jugaban un papel igual o más importante que la nombrada *galanterie*. «Los salones eran medio y fin de las *bienséances*» (Craveri, 2003). Entre aquellas paredes no se aceptaba cualquier tipo de sociabilidad, debía llevarse/elevarse hasta tal punto que se considerara un arte que no se puede aprender (Von der Heyden-Rynsch, 1998). Como dice Lord Chesterfield a su hijo, es un arte que uno debe descubrir dentro de sí mismo.

Estos lugares de sociabilidad combinaban cultura y divertimento, además de desempeñar una importante función social en París. Dependiendo del salón, podemos ver como algunos son academias del buen gusto en las que las *salonnières* ejercían una labor crítica y decidían lo que era bueno o bello y lo que no; otros sirvieron para dar a conocer a jóvenes escritores o pensadores; otros como casas de mecenazgo.

Para muchos jóvenes intelectuales, los salones literarios fueron una vía hacia la fama y hacia el reconocimiento público en una sociedad que no regalaba nada y que era muy rigurosa y exigente. Por esta razón los contactos fueron y aún son característica muy importante de los círculos sociales. Otras de las actividades que se llevaban a cabo fueron la lectura pública de obras o de cartas o la interpretación de obras de teatro o piezas musicales.

Cada salón tenía una anfitriona, en el 90 % de los casos mujeres. Las llamadas *salonnières* podían pertenecer a dos grupos bien diferenciados: el de las denominadas *preciosas*, que

⁸ «No existe quizás un método más eficaz, ni más agradable para mejorar la razón que un intercambio mutuo de sentimientos mediante una conversación elegante y animada con lo serio, lo sensato, lo aprendido y lo comunicativo»

destacaban por su cultura, buenos modales y que rechazaban el amor físico para dedicar su tiempo y alma al cultivo del conocimiento, o bien otro grupo de damas que usaban su atractivo físico para atraer a hombres influyentes a sus salones. Lo que todas las *salonnières* tenían en común era su fuerte personalidad, su influencia y buena educación. Tal era esta influencia, que gozaban de notable poder para encumbrar la carrera profesional de un joven, como para destruir su fama en un instante. (Blom, 2010)



Lectura de la tragedia de Voltaire L'Orphelin de la Chine en el salón de Mme. Geoffrin, G. Lemonnier 1812. En el cuadro podemos reconocer a personalidades como Rousseau, Diderot o D'Alembert, al fondo, Mme. de Geoffrin con traje gris a la derecha o Montesquieu a sus espaldas. Por último, destacar el busto de Voltaire que preside de algún modo la sala.

4.4.2. Orígenes del salón literario

Los orígenes de este fenómeno cultural, que ha analizado en detalle Verena von der Heyden-Rynsch (1998), provienen de diferentes épocas y lugares. Si nos remontamos a la Antigua Grecia, podemos encontrar allí los primeros vestigios de estos salones. Existió en Atenas una joven hetaira griega, llamada Aspasia, que aunaba la belleza y la inteligencia en su persona. En su infancia recibió una educación muy distinta a la de las otras jóvenes griegas, ya que aprendió el arte de la danza, de la retórica, etc. Su hogar fue en sí mismo un centro artístico y cultural que tenía como función la transmisión de la cultura y el placer y al que acudieron filósofos como Sócrates. Mantuvo una relación amorosa sólida con el político Pericles, con quien concibió un hijo. Tuvo mucha influencia en

la política griega y ha sido mencionada en numerosos escritos del país. (*Enciclopedia of World Biography*, 2004)

Si avanzamos hasta el imperio romano, fueron las propias cortesanas quienes lograron crear en sus viviendas un espacio libre donde conversar, debatir o escuchar música. Más adelante, en la Edad Media, las mujeres desempeñan, por primera vez, una función social. En Francia se popularizaron los *Cours d'amour*, una especie de institución informal en la que se hablaba sobre temas amorosos. Los trovadores jugaron un papel muy importante en este ámbito, ya que eran los encargados de transmitir, mediante canciones y poemas, consejos o prohibiciones para cortejar adecuadamente a una dama. Estos poemas se basaban fundamentalmente en la ética caballeresca que describía el ideal del perfecto hombre medieval, que supiera luchar y a la vez conversar y ser galante. Es lógico que la mujer fuera la fuente de inspiración para este género poético que tiene como fin la conquista de la dama. En estos *cours* se formó por primera vez una comunidad entre damas, cortesanos y poetas. (Von der Heyden-Rynsch, 1998) No es casualidad que uno de los cantos goliardos del siglo XII y XIII que conforman la obra *Carmina Burana* tenga por título *Cours d'amour*.

Otra corriente histórica que ha influido mucho en la conformación de los salones dieciochescos es en el Renacimiento italiano. Como ya hemos visto en el anterior capítulo, durante el siglo XVI se publicaron numerosos manuales de conducta mundana, como el de Castiglione, que son reflejo de la importancia del decoro y el ingenio en la mentalidad de la época. En *Il Cortesano* se plasma el ideal de hombre cortesano, en el cual se basaron sus países vecinos para crear sus propios ideales. En Francia lo llamaron *honnête homme* y en Reino Unido la figura del Conde de Shaftesbury representaba a la perfección este prototipo masculino, con el tiempo conceptualizado bajo el apelativo de *gentleman*.

El condotiero Malatesta (1417-1468) fue una de las primeras personas que hizo de su corte en Rímini un lugar de reunión para filósofos y poetas en Roca Malatestina, una fortaleza situada en Cesena. Su ejemplo fue seguido por otros reyes y dirigentes, ya que el estilo de vida italiano, muy cercano a los placeres, necesitaba un lugar así. León X o Cosme Medici llevaron artistas franceses y españoles a sus cortes para amenizar sus charlas y deleitarse con sus espectáculos. El ideal renacentista también influyó al 'género débil' debido, en parte, a la educación de la que gozaban las hijas de las familias de las clases altas. Algunas de estas figuras femeninas más importantes fueron Lucrecia Borgia o la Duquesa de Urbino, a quien Castiglione, habitual de su círculo social, nombró como ideal de mujer en *Il Cortesano*. (Von der Heyden-Rynsch, 1998)

Y ahora nos preguntamos, ¿de qué manera traspasaron las fronteras italianas estos ideales? Principalmente mediante las guerras que Francisco I (1494-1547) mantuvo contra Italia. Además, él estaba de acuerdo en la adopción de estas reuniones placenteras y del buen gusto para su corte, el rey Caballero fue un gran defensor de las artes y las letras. Para ello, se deshizo de bufones y comediantes para convocar a artistas europeos de la talla de Da Vinci que cuidaran el espíritu. Su hermana, Margarita de Navarra, se hizo partícipe de este Renacimiento francés, aunque de otro modo. Ella, aprovechando su potencial para la literatura, plasmó por escrito el proyecto de sociabilidad que, en parte, llevó a cabo su hermano. En la obra *Heptamerón* (1558), basada en el *Decamerón* de Boccaccio, Margarita nos describe las conversaciones que unos nobles tienen cuando, a causa del mal tiempo, deben detener su viaje y refugiarse en algún lugar. Durante siete días, de ahí su título, las cinco damas y los cinco nobles hablan de temas amorosos, en un tono siempre alegre y humorístico. La obra en sí fue un indicio de lo que estaba por llegar.

4.4.3. Salones literarios en Europa

Acometemos a continuación el relato de los salones literarios más importantes de la Europa ilustrada y romántica. Su relación va asociada a las personalidades de las *salonnières* que los dirigieron y pusieron en marcha. En este sentido, el conocimiento de las respectivas biografías de sus protagonistas es imprescindible para entender cómo y por qué fueron gestándose los salones, su dimensión cultural, los pormenores, características de cada uno, su orientación política, lingüística, etc. Para ello, no existe mejor manera que adentrarse en las vidas y viviendas de las *salonnières*, a través de sus trayectorias biográficas, ya que los ensayos sobre este fenómeno son bastante limitados. Durante las siguientes páginas allende de conocer lo que estas anfitrionas tienen en común, averiguaremos lo que las distingue del resto, por lo que hoy en día se las estudia a ellas y no a otras.

4.4.3.1. Francia

Madame de Rambouillet (1588-1665)

Podríamos considerar a Catherine de Vivonne como la pionera dentro de este fenómeno cultural. Su salón fue el primero en llevar la conversación al nivel de un arte, y ella, la primera *salonnière* de la historia que trasladó lo que hasta entonces tenía lugar en la corte a un salón privado. Si bien es cierto que era un lugar privado, en el fondo era menos 'privado' porque fueron

muchos y muy diferentes los que allí se daban cita, desde burgueses a reyes, desde poetas a filósofos, desde hombre a mujeres. De este modo la marquesa reivindicó su libertad privada en un momento en que la sociedad anunciaba su autonomía de la vida política. Esta democratización de los círculos más selectos tuvo una gran trascendencia sociohistórica. (Von der Heyden-Rynsch, 1998)

Catherine nació en Roma y a los 12 años se casó con el marqués de Rambouillet con quien se mudó de forma permanente a París. Alrededor de 1613 comenzó a recibir a los primeros invitados, como el poeta Malherbe, quien acudió para inspirarse y tomar como ejemplo el correcto francés que las damas allí practicaban. En 1618 decidió reformar el palacio y convertirlo en el famoso Hôtel de Rambouillet situado en la Rue Saint Thomas du Louvre. Lo concibió como un *Locus amoenus*, un lugar tranquilo y apartado de las tentaciones en el que refugiarse de la dura realidad. En la obra mandó construir espacios más amplios, un comedor, un salón... Este proyecto de inspiración italiana fue admirado por María de Medici que lo visitó antes de ampliar el Palacio de Luxemburgo, actual sede del Senado de Francia.

La habitación escogida para el salón literario fue la *chambre bleue* o estancia azul, llamada así por sus tapices de este color. Todos los días, después de la cena, reunía a un numeroso grupo de intelectuales entre los que solían encontrarse Richelieu, Malherbe, Mme. Sévigné o Voiture. Normalmente solían escuchar piezas musicales o dialogar sobre temas eróticos con galantería y finura, porque la seducción física propiamente no se aceptaba en su hotel. «Madame de Rambouillet fue quien corrigió las malas costumbres que regían antes y quien enseñó la *politesse* a cuantos la trataron» (Segrais, 1722: 26 cit. en Craveri, 2003: 22)

Allí fue donde los caballeros conocieron un tipo de vida refinado, más allá de las armas y la brutalidad. A raíz de las conversaciones y de los comentarios que hacían respecto a las nuevas publicaciones que allí se exponían, comenzó a gestarse el concepto de opinión pública.

Para formar parte de este salón se requería una iniciación, además de la adaptación a las normas ya establecidas. Con la edad se apartó de un tipo de vida que repudiaba, una vida repleta de eventos, superficialidad, formalidad. Para escapar de este mundo, empleaba constantemente la burla y la mofa como terapia en sus encuentros. Sus amigos estaban encantados de asistir a su salón ya que cada día suponía una sorpresa nueva, y Catherine se empleaba a fondo para conseguir que ellos pasaran un rato agradable. Entre los años 1638 y 1645 el salón alcanzó su esplendor, hasta que llegó su decadencia con el efecto de las 'preciosas'. Su actuación hizo que el salón se

convirtiera en una academia de la lengua, donde el idioma comenzó a tratarse con mucho más rigor y formalidad, disminuyendo la alegría y el ingenio de los participantes.

Durante sus últimos años cayó enferma y tuvo que recluirse en su hotel. Como última curiosidad, Madame de Rambouillet puso también de moda la costumbre de decorar la casa con cestos llenos de pétalos perfumados, costumbre que perdura hasta hoy. (Aronson, 1988; Von der Heyden-Rynsch, 1998; Craveri, 2003)

Madame du Deffand (1697- 1780)

El salón de Marie de Vichy-Chamrond era parada obligatoria en el itinerario de salones parisinos de cualquier intelectual, ya fueran franceses o extranjeros. Marie nació en Borgoña en el seno de una familia noble. Desde joven se caracterizó por su actitud dogmática y escéptica sobre la vida. A los 22 años se casa con un hombre que no amaba, de quien finalmente se separa años más tarde para llevar la vida que ella desea, la de los placeres, la galantería, el arte y la cultura. En 1747 se instaló en Saint-Joseph, palacio que contaba con un gran salón en la planta baja que destinó a sus salones literarios. Craveri (2005) lo describe como un salón con dos grandes ventanas que dan al jardín, una chimenea, diez sillas, cuatro butacas, dos mesitas de juego y dos cómodas y las paredes estaban pintadas en tonos rojos y amarillos.

Dos hombres presiden su salón: Antoine de Ferrol y Jean-Baptiste-Nicolas Formont. Son también varias las mujeres que se dan cita en este salón casi a diario, con especial atención los lunes, como Madame de Boufflers. Marie gobernó su salón de forma muy distinta a otras anfitrionas. En el salón reinó siempre un tono irónico y ligero que representa claramente a la dueña. Intentaba hacer sentir cómodos a sus invitados intentando prestar la misma atención a cada participante, a la vez que cuidaba el grupo de asistentes en general. Ella tenía un especial talento para poner en armonía los diferentes puntos de vista, las posiciones sociales, el ingenio de cada uno de los allí presentes. Así, les daba la posibilidad de expresarse con total libertad y poder ser ellos mismos. Esto refleja el gran esfuerzo que realizaban las *salonnières* al sacrificar su éxito por el de los demás.

Von der Heyden-Rynsch (1998) afirma que, desde que entró a formar parte del círculo mundano, Marie se quejó de un vacío interior, de una *mélancolie de l'esprit* que se había generalizado en las clases altas prerrevolucionarias de Francia. En 1751, debido a una enfermedad ocular, se fue a vivir con su hermano, teniendo que cerrar el salón. Según sus palabras, Marie necesitaba una vida social que llenara todo y la aislara de ese pensamiento negativo e incertidumbre de la vida.

Mantuvo correspondencia con Voltaire, aunque no se llevaban realmente bien. No obstante, se necesitaban el uno al otro para desplegar su 'armas' y mostrarlas al mundo a través de las cartas. A los 70 años conoció en persona a Horace Walpole de quién se enamoró perdidamente. Todos los sentimientos que hasta ahora había frenado no pudo ahora controlarlos. Desafortunadamente, él solo buscaba una relación basada en el conocimiento y la amistad.

Otra de las cosas por las que Mme. du Deffand destaca es por los retratos literarios que realizaba a las personas con el objetivo de desenmascararles. Marie fue una mujer natural y espontánea pero que sabía muy bien desenvolverse en este tipo de círculos sociales.

Madame de Geoffrin (1699-1777)

Thérèse Rodet fue una de la *salonnières* más especiales de su época. Nació en Paris y fue criada por su abuela debido a la temprana muerte de sus padres. Como afirma Von der Heyden-Rynsch (1998), de niña nunca destacó por su intelecto, pero sí por su sentido común, su curiosidad y sus ganas de aprender. Se casó cuando era solo una adolescente con un rico fabricante 34 años mayor que ella, Monsieur Geoffrin y juntos se mudaron a un palacio de la Rue Saint – Honoré. Vecina de Mme. Tencin, tuvo el placer de conocerla y de acudir asiduamente a las veladas que organizaba la madre de D'Alembert. Allí fue donde entró de lleno en la sociedad culta y mundana de la capital. Asistía cada vez que podía y es que, además de haberla aceptado maravillosamente aún siendo burguesa, quedó encantada con las conversaciones que mantenía con Montesquieu o Fontenelle. Anteriormente solo había tratado con los miembros de su parroquia y todo aquél mundo de conocimiento le pareció increíble.

Desde ese momento, su sueño fue montar su propio salón literario en su palacio, y Tecin fue su ejemplo a seguir. Su sueño se vio realizado pocos años después, cuando consiguió reunir el dinero y la reputación necesarios para que no fuera un fracaso. Thérèse organizó del siguiente modo su salón: los lunes estaban dedicados a la pintura y al arte, y los miércoles a la literatura. Fue la única que separó temáticamente sus salones. Su salón se caracterizaba, principalmente, por la personalidad de la anfitriona. Geoffrin, debido a su humilde origen, trataba a los invitados con mucha hospitalidad y generosidad. Pensamos que ella era la primera interesada en aprender de sus huéspedes y amigos, su objetivo primordial era saciar sus ansias de conocimiento. A su vez, durante su etapa como *salonnière* fue mecenas de muchos jóvenes artistas (Criado, s.f.).

Por último, cabe destacar su gran colección de cartas que dejó para la historia. Podríamos citar la correspondencia que mantuvo con la zarina Catalina II, motivo por el que Mme. du Deffand la llamó «la zarina de París» (von der Heyden-Rynsch, 1998:71)

Estas dos *salonnières*, Geoffrin y Deffand, vivieron enfrentadas los años en que ambas lideraban sus salones a causa de sus personalidades antagónicas y del marcado sentido competitivo que llegó a establecerse entre las diferentes *salonnières*. Algo, en el fondo, muy beneficioso para la evolución y el enriquecimiento de los propios salones.

Barón D'Holbach (1723-1789)

La figura de Paul Thiry d'Holbach es digna de mencionar en cualquier escrito sobre la Ilustración francesa ya que fue el único hombre que se decidió a abrir las puertas de su hogar a sus invitados. Nació en Edesheim, Alemania. A los cinco años, su tío decidió adoptarle y llevarle con él a París. Como todas las personas que han destacado de adultos, recibió una educación de calidad. Desde niño fue un lector voraz al que le fascinaban las ciencias. Entró a estudiar en la universidad de Leiden, en Holanda, con 21 años. Tras vivir los cinco mejores años de su vida, repletos de momentos inolvidables, risas y aprendizaje, vuelve a París con el objetivo de reproducir los bonitos tiempos universitarios, a la vez que asentaba cabeza en la capital. Un año después se casa con una prima segunda, quien desgraciadamente fallece al año siguiente. Se casa de nuevo con la hermana de su primera mujer con la que tiene varios hijos. Juntos, en su casa situada en el número 10 de Rue des Moulins en Paris, formaron un salón literario del que él mismo se llamaba *maître d'hôtel de la philosophie* (Von der Heyden-Rynsch, 1998:57), mayordomo de la filosofía, que convocaba a los más ilustres de la capital jueves y domingos.

Querido o, en la mayoría de casos, criticado por sus ideas ateas y materialistas, disfrutó de una estrecha amistad con Diderot. Ambos compartían muchas pasiones e intereses, además de ir en contra de la religión. Cuando Diderot se embarcó en el proyecto de la *Enciclopedia*, pidió ayuda a d'Holbach en materia científica y este colaboró en el segundo volumen con más de 400 artículos entre traducciones y publicaciones propias. Su salón se había convertido en el lugar de encuentro de muchos autores de la obra y en el epicentro de la vida intelectual europea.

Entre sus asistentes se encontraron D'Alembert, Helvetius, Rousseau, John Wilkes o Hume. En su necesidad de compartir sus creencias y hallazgos, publicó varias obras bajo un pseudónimo, siendo la más importante *Système de la Nature* (1770), en la que describe el universo según la

teoría materialista. El historiador británico Edward Gibbon, tras asistir en numerosas ocasiones a su salón, lo comparó con los grandes simposios de la Antigua Grecia. (Blom, 2010)

Madame de Staël (1766-1817)

Anne- Louise Germaine Necker combinó a la perfección las dos corrientes históricas que predominaban a finales de siglo XVIII, la Ilustración y el Romanticismo, la razón y los sentimientos. Del siguiente modo definió Staël la conversación: « a means of reciprocally and rapidly giving one another pleasure; of speaking just as quickly as one thinks; of spontaneously enjoying one's self; of being applauded without working...[A] sort of electricity that causes sparks to fly, and that relieves some people of the burden of their excess vivacity and awakens others from a state of painful apathy”.» (Traducción propia⁹). (Mme. de Staël cit. en The Economist, 2006)

Es normal que esta *salonnière* tuviera ese concepto de conversar ya que, como hija de Mme. Necker, creció en un salón literario rodeada de personalidades como el barón D’Holbach o Diderot. Podemos decir que Madame Necker se propuso que su sucesora siguiera sus pasos y fuera conocida por todos los círculos intelectuales. Por ello, aprendió muy rápido a tratar a los invitados y a participar en las veladas de forma ingeniosa. Todos estaban encandilados con su soltura y sabiduría, incluso a algunos les llegó a asustar lo que esta muchacha sería capaz de hacer en el futuro.

Una vez casada con el embajador sueco (1786), el barón de Staël-Holstein, abrió su propio salón al que dedicó su vida, junto a la redacción de un periódico cultural. Su salón estaba marcado por una temática política, en él confluían monarquía y democracia y fue muy importante el apoyo que dio a Tayllerand durante la Revolución Francesa. Estas ideas la obligaron a exiliarse a Suiza, al palacio de Coppet que poseía su padre. En 1801 regresó de nuevo a París donde fundó un salón más pequeño y discreto que el primero, en Rue de Grenelle. Los planes conspirativos para derrocar al nuevo emperador Napoleón la devolvieron al exilio, dirigiéndose a Alemania, donde hizo amistades con eruditos germanos como Goethe o Anna Amalia. No obstante, no se granjeó el gusto de todos y hubo disparidad de opiniones en cuanto al comportamiento y carácter de la baronesa. Desde Alemania puso rumbo a Italia, donde realizó el *Grand Tour*. A finales de ese año, volvió a Suiza y

⁹ «Un medio de proporcionar placer a los demás de manera recíproca y rápida; de hablar tan rápido como uno piensa; de disfrutar espontáneamente de uno mismo; de recibir aplausos sin trabajar; un tipo de electricidad que provoca que salten chispas y que alivia a algunas personas de la carga de su excesiva vivacidad y despierta a otras de un estado de profunda apatía »

formó otro salón al que acudieron sus amigos franceses como Mme. Récamier, Augusto de Prusia y otros pintores o escritores. En 1811 se casó por segunda vez con Albert de Rocca, un caballero francés que tristemente carecía de las *bienséances*, convirtiéndose en el deber de su nueva mujer. En 1814, con el derrocamiento de Napoleón, pudo volver a París y montar un último salón. En este se reunieron todas las amistades que había ido haciendo durante sus viajes, desde Byron hasta Benjamin Constant. Además de haber sido una *gran salonnière*, destacó también por sus obras literarias como *Delphine* (1802), *Corinne o Italia* (1807) o *Alemania* (1813), en las que se ocupa de analizar el pasado de la cultura clásica italiana, o el mundo contemporáneo en la última.

Madame de Staël llevó a cabo todas estas empresas con el único objetivo de contribuir a construir una nueva Europa, en la que «no hubiera más fronteras que las destinadas a propiciar el diálogo y el intercambio». (Staël, 2007: 15)

Madame Récamier (1777-1849)

Juliette Bernard fue, junto con Mme. de Staël, la *salonnière* francesa de época más tardía, cercana al romanticismo. Su trayectoria coincidió con la vuelta de la monarquía que había provocado una nostalgia generalizada en la sociedad francesa que anhelaba ciertos aspectos culturales propios del Antiguo Régimen.

Juliette nació en Lyon y a los 15 años se casó con un banquero, Jacques Récamier, un amigo muy cercano de la familia. Algunos historiadores creen que Jacques era el amante de la madre de Juliette y que era su verdadero padre. Ciertamente solo tuvieron una relación de amistad, más paternal que amorosa, ya que él era 42 años mayor que ella.

Madame Récamier destacaba por su enigmática belleza y su fría personalidad. Era una combinación explosiva para los hombres: seductora y a la vez recatada. En su salón, situado en el castillo de Clichy, realista y sin ninguna tendencia política, reunió a eruditos como Moreau, los pintores Gèrard o David, quienes realizaron un retrato de la anfitriona cada uno, Staël, Lamartine, Balzac o Stendhal. Tras realizar un viaje por Europa, Juliette fundó un segundo salón en París, esta vez en la Rue de la Chaise y presidido por su amante Chateaubriand, a quién recibió por primera vez en 1811 una vez fallecido su marido.

Juliette, que hasta ese momento se había mostrado muy distante con los hombres, y no fueron pocos los que de ella se enamoraron, se rindió a los pies del escritor francés, considerado como introductor del Romanticismo en la literatura francesa. (Szulc, 1998: 74)

Como él era también diplomático, Juliette le seguía a todas partes. Durante unos años llevó una vida bastante nómada, fundando un salón en Roma y otro en Florencia, hasta que en 1824 volvió a asentarse en París con su amado Chateaubriand. Este salón, que mantuvo durante 30 años, hasta su muerte, estaba decorado con un arpa, un piano, un retrato de Mme. de Stäel y su famoso retrato en el diván que fue expuesto años más tarde.

Si tuviéramos que destacar a esta *salonnière* sería, sin duda, por las tendencias que marcó tanto en la moda francesa como en el mobiliario y decoración. Ella fue quien puso de moda los pañuelos ondeantes, además de adoptarse su nombre para denominar a determinado tipo de diván. (Von der Heyden-Rynsch, 1998; Decours, 2013)



Retrato de Mme. Récamier, Jacques-Louis David, 1800

4.4.3.2. Reino Unido

Los salones ingleses surgieron en el siglo XVIII a imagen de los franceses. La organización, el objetivo, las actividades que en ellos se realizaban eran las mismas, salvo que en Reino Unido, competían de algún modo con los ya populares clubs o *coffee houses*. Si bien es cierto que en ellos se ponían a prueba los buenos modales de los asistentes, el lenguaje inglés y se hacían críticas sobre las viejas o nuevas publicaciones, no tuvo tanta repercusión en la sociedad inglesa, ni en el lenguaje. Esto se debe a que Reino Unido siempre ha sido un país adelantado en términos de democracia y siendo fieles a su mentalidad, muchos estudiosos, como el Doctor Johnson, lucharon contra la creación de una academia de la lengua como la francesa. Según él, con la creación de una institución como esta, se privaba a la gente del pleno dominio de una de las pocas cosas que eran solamente suyas, la lengua.

Del mismo modo, los otros círculos sociales que acabo de mencionar como clubs o casas de café estaban liderados por hombres. La presencia femenina era escasa, aunque ciertamente tampoco se quejaban de ello (Clark, 2000). Mayoritariamente, las *salonnières* inglesas pertenecían a la clase media, es decir, no eran aristócratas aunque sus maridos poseían grandes riquezas. Existieron numerosos salones por todo el país, algunos de los cuales, crearon una especie de círculo especial llamado *Bluestocking* al que no pertenecían todos ellos.

Bluestockings

El término '*Bluestocking*' hace referencia al extenso grupo de mujeres inglesas que, durante el siglo XVIII, decidieron invitar a hombres de letras o miembros de la aristocracia a sus casas para conversar. Se dice que este término surgió cuando una de las *salonnières* de Reino Unido más importantes, Elizabeth Vesey, invitó al traductor Benjamin Stillingfleet a acudir a uno de sus encuentros. Desgraciadamente, él tuvo que rechazar la propuesta ya que no contaba en ese momento con las prendas adecuadas para asistir, a lo que ella respondió «*come in your blue stockings*». Con esta respuesta, Elizabeth quiso demostrar que en aquellas reuniones se le daba más importancia a la parte intelectual, que al físico, ya que el pobre Benjamin no disponía del dinero suficiente para poder permitirse unas 'medias' negras que eran las características de los eventos especiales, mientras que las azules eran 'de diario'. (*Encyclopaedia Britannica*)

A raíz de que estas sesiones se regularizaran, Elizabeth Vesey y Elizabeth Montagu, entre otras, fundaron The Blue Stockings Society en 1750. El objetivo de esta sociedad era ofrecer a las mujeres intelectuales otro tipo de actividad en la que conversar con personas de diferentes ámbitos de las ciencias y las letras y así alimentar el alma y el intelecto.

Ante todo, debemos dejar claro que aunque formaran esta sociedad, cada una de ellas lideraba su propio salón literario por separado.

Uno de los asistentes más celebres del salón de Montagu fue el Doctor Johnson, ya mencionado en el presente trabajo, quién otorgó a Elizabeth el sobrenombre de «*Queen of the Blues*», lo que en español sería «Reina del Blues», haciendo referencia al grupo de las *Bluestocking*. (Prendergast, 2015)

En definitiva, el propósito de estas mujeres fue el de crear un nuevo tipo de sociabilidad informal en lugares más privados y exclusivos que los ya distendidos clubs de cartas o círculos de lectura. En ellos, tanto hombres como mujeres cooperaban juntos para crear una comunidad intelectual. (Eger, 2008 cit. en Melikian, 2008)

Alison Rutherford (1714-1794)

Fue una poeta e ilustrada escocesa que lideró los círculos literarios de Edimburgo en el siglo XVIII. «She maintained the rank in the society of Edinburgh which French women of talents usually do in that of Paris» (Traducción propia¹⁰). (Sir Walter Scott cit. en Cockburn, 1900)

En 1753, tras la muerte de su marido, organizó un influyente salón al que asistieron celebridades como Walter Scott o David Hume. En su tiempo libre componía muchas canciones, poemas, parodias, además ser una incansable escritora de cartas, gracias a las cuales hoy conocemos datos y anécdotas sobre la vida cultural en Edimburgo. Con todo esto presentamos a una mujer independiente y poco convencional, que seguía sus propios dictámenes, a la que todos sus amigos la recuerdan con buen corazón. «In a long life I have been blest with many friends – I believe I have not one enemy for which I bless God – my heart is grateful to my God and my friends» (Traducción propia¹¹). (Alison Rutherford cit. en Education Scotland)

Hester Lynch Thrale Piozzi (1741-1821)

Hester Lynch nació en 1741 en el seno de una pobre familia judía. Su educación fue excelente y su interés por otras culturas e idiomas la convirtió en una mujer especial. Comenzó a escribir cartas y novelas desde bien joven, de forma anónima, por supuesto. El don que tenía para la escritura hizo que se la comparara con otras grandes escritoras de la época. Una vez que se casó con el dueño de una importante cervecería, se mudaron a Streatham Park, donde comenzó todo. Sus contemporáneos querían aprovecharse de su compañía y por ello disfrutaba de numerosas visitas, como las del Doctor Johnson o James Boswell. Visitas que, de forma natural, dieron lugar a uno de los salones literarios más famosos de Reino Unido.

No se puede considerar que su salón formara parte de la red de salones de las *Bluestockings*. El suyo era un salón algo diferente donde los temas predominantes eran el arte y la literatura. Recogió todas sus cartas, poemas y reflexiones en la obra *Thraliana*, que no se publicó hasta 1942. David Garrick, famoso actor de la época, asistió a sus reuniones tras haber realizado el

¹⁰ «Ella mantuvo alto el nivel en la sociedad de Edimburgo como normalmente lo hacen las talentosas mujeres francesas»

¹¹ «En mi larga vida he sido bendecida con muchos amigos. Creo que no tengo ni un solo enemigo, por lo que doy gracias al señor. Mi corazón se lo agradece a Dios y a mis amigos»

Grand Tour por Europa. Su presencia creó un vínculo entre Reino Unido, Francia e Italia y por consiguiente, dichas reuniones se vieron influenciadas por los salones franceses y conversaciones italianas. (D'Ezio, 2011)

El grupo formado por las celebridades que acudían recurrentemente fue llamado *The Streathamites* por Frances Burney. Estaba compuesto de una dispar multitud de músicos, actores, pensadores, escritores... Durante sus encuentros, los asistentes debatían temas polémicos, leían libros en alto, se intercambiaban obras con anotaciones personales e incluso comentaban las nuevas publicaciones, convirtiéndolo así en una vía de promoción literaria.

La educación y *politesse* predominaba por encima de cualquier caluroso debate que pudiera producirse en la sala. Otro de sus invitados más recurrentes fue el Doctor Thomas Campbell, gracias al cual podemos saber más información sobre las comidas que se daban en el Streatham, los horarios y otras anécdotas, como por ejemplo, que ofrecía grandes cantidades de té a sus invitados (en una venta de los objetos de la mansión se encontró una tetera de casi un litro de capacidad). (Prendergast, 2015)

Piozzi, como más tarde se la conoció al casarse con el cantante italiano Gabriele Piozzi, dedicó su vida a la escritura que usó como herramienta para cambiar la imagen de la mujer del siglo XVIII, especialmente la suya. Tras la publicación de *Observations and reflections made in the course of a journey through France, Italy and Germany* (1789), se hizo su propio hueco en el mundo de la narrativa de viajes. Tuvo la suerte de ser una mujer independiente que, al final de su carrera, pudo publicar sus obras con su verdadero nombre y ganarse un lugar en la lista de autoras inglesas más revolucionarias y progresistas. (D'Ezio, 2011)

4.4.3.3. Alemania

La cultura de los salones se adentró en Alemania gracias a la labor de Federico II, rey de Prusia. Al contrario que a su padre Federico I, a él le encantaba Francia, su lengua, sociedad y cultura. En su juventud tuvo que ocultar en cierto modo este interés. Sin embargo, una vez que obtuvo su propio castillo, el de Rheinsberg, aprovechó esa intimidad y privacidad que el castillo le proporcionaba para congregarse a un grupo de amigos intelectuales y hablar de arte y literatura. Una vez convertido en rey, Federico II apoyó la introducción de esos ideales franceses mediante, por ejemplo, su pública amistad con Voltaire y la resultante correspondencia. Gracias a él, las academias dejaron de aceptar exclusivamente a miembros masculinos, otorgando a las mujeres la oportunidad

de hacerse partícipes de esta sociedad. Así, las escritoras alemanas del siglo XVIII fueron las principales difusoras de los salones literarios. Los centros culturales se hallaban en Berlín, donde la mayoría de *salonnières* fueron judías y Weimar, ciudad en la que Goethe desarrolló todo su trabajo como escritor.

Ana Amalia de Brunswick-Wolfenbüttel (1739-1807)

Duquesa de Sajonia-Weimar-Eisenach, fue una *salonnière* alemana conocida por toda Europa no solo por su salón de Weimar, sino por ser compositora, mecenas y poseedora de una de las mayores bibliotecas privadas de todos los tiempos. Su fama aumentó en 1775 cuando Goethe se mudó a Weimar y comenzó a asistir a su salón, junto con otros intelectuales como Christoph Wieland o Friedrich Schiller. Su salón también fue nombrado bajo el término «*Musenhof*» (corte de las musas) e hizo de su corte el centro cultural más influyente de Alemania. Su biblioteca privada se situaba en el castillo de Weimar que desgraciadamente sufrió un incendio en 1774. Gracias a la duquesa, su colección se salvó ya que unos años antes ordenó trasladarla al Grünes Schloss, su residencia. (Von der Heyden-Rynsch, 1998)

Actualmente, este palacio es la Herzogin Anna Amalia Bibliothek (biblioteca pública de la duquesa Ana Amalia) que cuenta con más de un millón de libros de autores como Humboldt o Shakespeare. Como si la historia se repitiese, en 2004 el edificio considerado Patrimonio de la Humanidad, sufrió un incendio que llegó a destruir más de 50 000 volúmenes. Finalmente, fue restaurado gracias a los miles de euros que muchos alemanes donaron al ver en peligro una importante herencia cultural que allí guardaban. (Herwig, 2007)

Henriette Herz (1764-1847)

Henriette nació en el seno de una familia judía en Berlín. Contrajo matrimonio con el médico y escritor Marcus Herz a la edad de 15 años. Marcus demostró un interés excepcional hacia la Ilustración y la filosofía durante toda su vida que compartió con Henriette. Desde 1780 hasta 1803 organizaron un salón literario semanal en su casa, donde personajes como Schiller, los hermanos Humboldt o Schleiermacher se encontraban para debatir temas de literatura, los preferidos de Henriette. Este salón fue un tanto peculiar ya que, al principio, fue Marcus quien reunía a sus amigos para conversar sobre política y cultura. No obstante, meses más tarde, Henriette aprovechó otra habitación de la casa para montar su propio salón femenino en el que hablar de otras corrientes más románticas como el *Sturm und Drang*. Su correspondencia con otros intelectuales como Dorothea Schlegel nos proporciona una mirada única sobre la que fue la capital alemana del siglo XVIII. Dichas

cartas se encontraron en una colección privada suiza, ya que ella misma quemó la mayoría durante sus últimos años de vida. Para ella, lo que escribía a sus seres queridos no era algo que debiera hacerse público, valorando mucho la privacidad. (Hahn, 2009)

Johanna Schopenhauer (1766-1838)

Madre del filósofo Arthur Schopenhauer, Johanna fue una de las primeras escritoras alemanas que firmaban sus obras con su propio nombre, además de hacer de la literatura su sustento. Cuando enviudó en 1803, comenzó a escribir novelas y crónicas de viajes, compiladas todas en la obra *Jugend Leben und Wanderbilder*. Además de Arthur, tuvo otra hija, Adele, con la que estableció un salón literario en Weimar. A su salón acudieron pensadores como Wieland o Goethe, con quien llegó a tener una amistad profunda y duradera. Si por algo destacó Johanna, fue por darle la oportunidad de participar a la burguesía de Weimar e intentar eliminar la idea aristocrática asociada a los salones. (Newmark, 2003)

4.4.3.4. Italia

Los salones literarios llegaron a Italia a principios del siglo XVIII. Por lo general, estos *salotti* eran más informales y menos disciplinados que los franceses, como el modo de su sociedad. Según Ernesto Masi (1894) la sociedad italiana estaba demasiado fragmentada y diversificada como para mantener la calidad de los debates franceses. En dichos salones, los invitados hablaban y debatían sobre arte o literatura, sin embargo, también dedicaban una parte de sus reuniones a las apuestas. Otros investigadores como Fontana también se percataron de que la función de crítica literaria no existía en los salones italianos, es decir, las *salonnières* no ejercían de 'juezas' sobre las nuevas publicaciones que llegaban a sus hogares. (Fontana, 1986, cit. en Dalton, 2003). Todas estas características muestran las diferencias que existieron y que, de un modo u otro aún existen, entre la sociedad francesa y la italiana, entre las prioridades de cada país.

El epicentro de los salones italianos se encontraba en Venecia, como mostramos en los siguientes dos apartados. Sin embargo, Florencia también jugó un papel importante como centro cultural, donde una gran parte de la población provenía de Reino Unido y fue este grupo quién hizo de esta bella ciudad un referente intelectual en Europa. Podríamos mencionar algunos nombres que organizaron salones literarios en sus hogares, como Lord and Lady Orford en la Villa Medici, los Browning o Horace Mann (1706-1786), quién abrió las puertas de su palacio a otros visitantes

ingleses para mantener conversaciones los días que no había teatro, al que definían así: «the most considerate and amiable man who ever lived, he has a house that is a delight, is seen a great deal in public and lives with great magnificence» (Traducción propia¹²). (Lady Orford, cit. en Biblioteca Nazionale Centrale Firenze.). Desgraciadamente, existen pocas referencias a los salones de esta ciudad.

Giustina Renier Michiel (1755-1832)

Giustina fue hija de una importante familia veneciana, de la que su tío fue el último dux. Sus padres la enviaron a un convento donde, en los primeros años, estudió inglés, francés, música y arte, además de educarla con los modales de la nobleza. En 1775 se casó, sin embargo, ese matrimonio no duró más de nueve años ya que, como le ocurrió a Isabella Albrizzi, su marido no estaba de acuerdo con las actividades sociales a las que acudía y de las que disfrutaba. Su separación le otorgó aquella libertad que tanto anhelaba y gracias a la cual pudo formar un salón literario en 1790.

El salón poseía un carácter particularmente veneciano al que acudieron personalidades como Ugo Foscolo, Ippolito Pindemonte, Isabella Albrizzi, Mme. de Stäel o Lord Byron. Cuando Napoleón invadió Italia, Giustina decidió cerrar su salón durante los diez años siguientes. Durante este tiempo, se dedicó a traducir obras de Shakespeare, a la vez que se mantenía al corriente de la situación política del país que realmente le preocupaba. Mucha de su correspondencia ha sobrevivido al paso del tiempo y podemos encontrarla en diferentes bibliotecas del norte de Italia. Las colecciones de cartas más voluminosas son aquellas que dirigió a su nieta y a su marido. Al contrario que otras *salonnières*, fue ella misma quien publicó una parte de su correspondencia privada. A nivel temático, las más importantes son aquellas que envió a partir de 1800 y que reflejan su actitud patriótica. Se convirtió en símbolo de patriotismo tras la publicación de su obra *Origine delle feste veneziane* (1829).

A principios del siglo XIX fue miembro de una pequeña élite veneciana a la que invitaba a su salón. Como mujer revolucionaria y culta tuvo que escuchar muchas críticas que logró soportar gracias a la ayuda de la República de las Letras que luchó por la inclusión de las mujeres en la esfera intelectual de Europa. En sus escritos se aprecia un valor educacional mediante el que hace

¹² «El hombre más considerado y amigable que nunca ha existido. Él tiene una casa que es una delicia y muestra un trato excelente en público y vive con gran magnificencia»

referencia al valor de la modestia, de la sensibilidad mezclada con la razón y la disciplina. (Dalton, 2003: 75-98)

Isabella Teotochi Albrizzi (1760-1836)

Nació en Corfú, ciudad que antiguamente pertenecía a la Serenísima República de Venecia. Durante su infancia, recibió clases de italiano y francés. En 1776 se casó con Carlo Antonio Marin que en 1778 se vio obligado a mudarse a la capital, Venecia, por motivos de trabajo. Allí Isabella pudo observar con sus propios ojos las maravillosas consecuencias de la Ilustración. Fue en Italia donde se pudo desarrollar por completo como escritora y pensadora. Con el ascenso de su marido, ella pudo codearse con la alta sociedad veneciana y perfeccionar su cultura. Con todo esto y viéndose influenciada por la historia de Mme. de Rambouillet, Isabella decide abrir las puertas de su casa a distintos huéspedes y organizar en ella un salón en el que poder conversar y compartir opiniones. Al grupo de asistentes se les apodó *lo scelto crocchio* (grupo selecto) compuesto tanto por amigos habituales como por invitados especiales u ocasionales (Vangelista, 1992). Por este salón, situado en la calle delle Ballote, pasaron ilustres autores como Goethe, Byron, Scott, Ugo Foscolo, Leopoldo Cicognara o Melchiorre Cesaroti entre otros.

Sin embargo, su marido le expresó su desacuerdo con este tipo de eventos que se llevaban a cabo en su casa mediante una carta que envió a la propia Isabella. Como respuesta a este desacuerdo de opiniones, Giustina decide romper la relación con su marido y emprender una nueva vida, en la que se volverá a casar con Giuseppe Albrizzi y realizará el *Grand Tour*. Al contraer matrimonio con su nuevo marido, se muda a Villa Albrizzi donde manda construir un pequeño teatro donde recitar textos de Voltaire para sus amigos. En 1807 publicó su obra cumbre *Ritratti* compuesta por numerosos retratos literarios de hombres que ella bien conocía y que acudían a su salón.

Durante unos años mantuvo cerrado el salón, hasta que se vio en una situación financiera adecuada para abrirlo de nuevo. Byron acudió asiduamente a su salón en esta segunda etapa, sirviéndole de referencia para la composición de su poema *Beppo* (1817). En sus últimos años cae en un estado continuo de melancolía debido a la muerte de amigos y familiares que le obliga a cerrar el salón y desencadenará su fallecimiento en 1836. (Vangelista, 1992)

4.4.3.5. España

A mediados del siglo XVIII el fenómeno cultural de los salones llegó a nuestro país. Fue en Madrid, en la corte borbónica donde surgieron los primeros, a semejanza de los vecinos salones franceses. Cabría resaltar la idea de que, aquí, se concibieron como lugar de esparcimiento y recreo, más que como espacios donde se transmitieran las nuevas ciencias y el progreso. Sus anfitrionas, mujeres aristócratas, crearon estos lugares informales para uso y disfrute de la élite intelectual y nobiliaria de la época. Gracias a las descripciones que realizaron algunos viajeros extranjeros, podemos concluir que los salones españoles no alcanzaron la fama de los franceses o ingleses. Sin embargo, el ambiente familiar y amable que se respiraba en estas tertulias no era comparable a ningún otro. Cada salón tenía su propia personalidad, creado a imagen y gusto de su anfitriona.

María Lorenza de los Ríos (1761-1821)

Nació en Cádiz en el seno de una familia noble y comerciante. Su educación estuvo en manos de una institutriz francesa amiga de la condesa de Montijo, con la que compartía la causa patriótica en la Junta de Damas. A los trece años se casó con un magistrado vallisoletano que pronto murió. Al poco tiempo, contrajo de nuevo matrimonio con el subdelegado general de Teatros. Así, recibió el título de Marquesa de Fuerte-Hijar.

En 1783 fundó la Sociedad Económica de Amigos del País de Valladolid, junto con otras damas. Una vez en Madrid, fue admitida como miembro de la Junta de Damas donde desarrolló un papel importantísimo como censora y vicepresidenta hasta 1811, cuando la nombraron presidenta.

Su salón estaba influido por la profesión de su marido. A él acudían muchos actores, escritores, poetas, etc. Algunas de las personalidades más destacables fueron el actor Isidoro Máiquez, el tenor Manuel García o Goya, con quien mantuvo una estrecha amistad.

Con fama de literata, publicó dos comedias: *El Engreído* y *La Sabía*. Sin embargo, su producción literaria no terminó ahí, sino que compuso el famoso discurso pronunciado en la Real Sociedad Económica de Madrid el 15 de septiembre de 1798 titulado *Elogio de la Reina Nuestra Señora* frente a la reina María Luisa en la entrega de unos premios. Además, tradujo la obra *Vida y Obras del Conde Rumford* del inglés al español y redactó un informe sobre *La educación moral de la mujer*. (Acereda, 1998; Pérez y Mó, 2005)

Su labor en pro de la nación y como defensora del desarrollo intelectual del 'género débil' fue muy importante en su época. «Contagiada de las ideas de fraternidad social y de humanitarismo sentimental que exportaban los enciclopedistas franceses. (Cano, 1957: 264 cit. en Acereda, 1998)

María Josefa Alfonsa Pimentel y Téllez-Girón (1750-1834)

Aristócrata española, María Josefa nació en Madrid en una familia noble. Por nacimiento obtuvo el título de Duquesa de Benavente y a los 21 años, al casarse con Pedro de Alcántara Téllez-Girón, recibió el de Condesa de Osuna. Considerada una de las figuras femeninas más importantes de su siglo al reunir en su persona inteligencia, cultura, nobleza, educación, encanto, fidelidad y curiosidad. Fue miembro y presidenta de la Junta de Damas de Honor y Mérito, formada en la Sociedad Económica Matritense y sus actos se caracterizan por un toque contemporáneo que la diferencia del resto de damas, que estaban más ligadas a la caridad. (Pérez y Mó, 2005)

Su salón literario se encontraba en el palacio *El Capricho* que mandó construir en el año 1787. Se trata de una enorme finca que remodeló a imagen de la cultura ilustrada, con todo tipo de influencias artísticas, referencias y detalles, como se puede ver en los edificios, el palacete, el salón de baile, la pequeña ermita o el estanque donde «podemos revivir vestigios de un modo de vida culto y refinado en el que por primera vez algunas mujeres, las pertenecientes a una capa social privilegiada, fueron protagonistas y pudieron convertir espacios otrora privados en semipúblicos en los que dejaron oír su voz». (Pérez y Mó, 2005)

Entre los asistentes más asiduos encontramos a Moratín, Humboldt, Agustín Betancourt, Marino Urquijo, Goya entre otros. Con los años y gracias a sus acciones, se convirtió en uno de los personajes mundanos más importantes del siglo XVIII, personificando así a los aristócratas ilustrados de Europa.



Los Duques de Osuna y sus hijos, Goya, 1788.

Rosa María de las Nieves de Castro y Centurión (1691-1772)

Formó su salón literario, al que llamaban *Academia del Buen Gusto*, en el año 1749. No fue uno de los más duraderos, ya que dos años más tarde cerró sus puertas, aunque sí uno de los primeros. El edificio situado en la Plaza de Santiago alojó un importante salón en el que predominaban las conversaciones sobre literatura. En él, participaron tanto nobles como intelectuales que poseían diferentes puntos de vista, entre los que cabe destacar a Nasarre, Duque de Béjar (sobrino de la anfitriona) o el escritor salmantino Diego de Torres Villarroel. Por esta razón, la marquesa se veía en la obligación de evitar enfrentamientos que pudieran producirse al no poseer una única tendencia y permitir que asistieran eruditos de cualquier índole. Era frecuente que dichos asistentes emplearan pseudónimos en las reuniones o en la publicación de escritos que les aseguraran el anonimato. También conocida por sus títulos, la Marquesa de Sarria y Condesa de Lemos dominaba la tertulia, llegando incluso a realizar actas de las sesiones. Como el resto de *salonnières* que aquí destacamos, ella también formó parte de la Junta de Damas matritense, en la que desarrolló su figura patriótica en favor de las mujeres y de los más necesitados. (Molina, 2013: 280-281)

Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga (1754-1808)

Huérfana de padre, Francisca fue instruida por su abuelo y su tío, hasta que cumplió cuatro años, cuando su madre la obligó a ingresar en el convento de las Salesas Reales. Allí recibió una educación al estilo de la nobleza francesa que incluía el aprendizaje del francés, del italiano y de las lenguas clásicas. Dicha educación junto a la relación que mantuvo con ciertos ilustrados con los que compartía gustos, hicieron de ella una mujer moderna, exitosa y preocupada por el progreso de su país. A los 14 años salía del convento para casarse con Felipe Palafox. Una vez establecido el matrimonio en Madrid, la Condesa de Montijo decide organizar un salón que ella lideraría. Este salón se caracterizó por su tendencia jansenista y liberal, libre de milagros y supersticiones y predicada por clérigos cultos. Por este motivo, un gran porcentaje de los asistentes eran eclesiásticos. Podemos decir que este círculo intelectual allí reunido fue el reflejo de las ideas francesas de Port-Royal. Esto también les llevó a, de forma indirecta, luchar contra la Inquisición, lo que provocó su persecución. No obstante, muchas otras autoridades estaban a favor de su actividad y gracias a ellos, su labor para con la nación pudo continuar.

Entre los asistentes podríamos destacar nombres como Don Antonio Palafox, Moratín, Pedro de Silva Sarmiento, Campomanes, Goya y un sinfín más de personalidades. El poder de Francisca para congregar y reunir a la élite intelectual del país fue asombroso.

Como mecenas y defensora del progreso, ella también perteneció a la Junta de Damas, ocupando el puesto de Secretaria. Desde allí luchaba por que las mujeres se convirtieran en verdaderas ciudadanas que sirvieran a la población. (Demerson, 1975)

A su vez, fue promotora de El Censor, un periódico semanal que transmitía las ideas ilustradas. Se dice que El Censor nació en su salón, teniendo como protector al propio Carlos III. En su línea editorial y contenidos se incluían artículos de tipo moral satírico que tenían como objetivo la crítica de costumbres. (Biblioteca Nacional)

5. CONCLUSIONES

Una vez elaborado el presente TFG, podemos concluir con las siguientes ideas y deducciones, que son tanto académicas como personales.

En primer lugar destacar que los salones literarios fueron espacios semiprivados que revolucionaron las concepciones ya existentes de sociabilidad. En estos ambientes se concibieron ideas, corrientes y tendencias tanto filosóficas como literarias que influyeron en el mundo político, cultural y social de su tiempo. Debido a ellos, los salones literarios siguen siendo objeto de estudio entre los investigadores y motivo de inspiración para algunos escritores contemporáneos.

Una singularidad importante de estos salones fue el hecho de haber estado dirigidos, en su práctica totalidad, por mujeres, las *salonnières*, que, de esta manera, otorgaron al género femenino un protagonismo inédito hasta entonces. Las *salonnières* supusieron un ejemplo de intelecto, constancia, pasión y rigor. Fueron las mujeres, más concretamente la pionera Mme. de Rambouillet, las que se atrevieron a dar el paso y abandonar la Corte para llevar a cabo estas sesiones, en muchos casos políticamente comprometidas, en sus propias residencias. Esto supuso un gran salto hacia la democratización de los espacios privados, pues, aunque fuera bajo invitación, en los salones podía participar cualquier persona sin importar su rango, ni género. Solo contaba su capacidad intelectual, su curiosidad, sus ganas de aprender, escuchar a los demás y de divertirse. En este sentido, es importante subrayar el hecho de que estos salones estuvieran abiertos a personalidades de distintos países, facilitándose así, una concepción más integrada de las sociedades y un mayor cosmopolitismo.

Por eso, en relación con el estudio del contexto ilustrado y de las *salonnières*, hemos llegado a la conclusión de que una educación multicultural es la base del futuro éxito. Si analizamos sus trayectorias, comprobamos que todos los ilustrados recibieron una educación liberal, donde el conocimiento de varios idiomas era fundamental. Idiomas que las *salonnières* solían dominar gracias al estudio o al hecho de que sus trayectorias vitales habían transcurrido en diferentes países. Esto les permitía, en una época en la que no existían tantas traducciones como ahora, poder leer tanto a clásicos, como Aristóteles, como a contemporáneos, como Locke. El privilegio de poder leer y comprender textos en varios idiomas les proporcionaba un bagaje cultural extra y unos puntos de vista distintos a los que, por tradición, estaban acostumbrados. En definitiva, el conocimiento de un idioma extranjero abre mentes, fronteras y alimenta espíritus, como los que llenaban el salón de Mme. de Staël.

Además de esta dimensión cosmopolita, los salones, en el terreno social, contribuyeron a poner en práctica cierto estilo de comportamiento, elegante y culto, expuesto por primera vez en los manuales italianos del siglo XVI, y que el mundo ilustrado supo actualizar construyendo modelos que, en esencia, perviven en nuestra sociedad.

Por otra parte, los salones también sirvieron para reflexionar sobre la lengua, herramienta clave en estas reuniones, ya fuera en su forma hablada o escrita. En este sentido, el presente Trabajo Fin de Grado nos ha hecho experimentar, aunque sólo haya sido de manera teórica o intelectualmente, el hecho, por otra parte conocido y demostrado, de que la lengua es un ser vivo que está en constante transformación y que se ve alterado por cualquier cambio que se produzca en la sociedad.

Como complemento de las conclusiones, y desde una perspectiva actual, nos gustaría aludir a una serie de actividades de carácter cultural y literario en las que se aprecia la huella de los antiguos salones. A un nivel más exclusivo y privado, encontramos reuniones de grupos intelectuales, como la que celebra el empresario cultural, John Brockman, en su casa de verano de New England. A esta reunión invita a un pequeño grupo de científicos, artistas e intelectuales que forman la llamada Third Culture (Tercera Cultura). También podemos nombrar algunos clubes privados, no exclusivamente de carácter cultural, como el Bohemian Club, que solo acepta a hombres, o el Belizean Grove, únicamente femenino. Para poder ser miembro de algunos de estos clubes se necesitan dos cosas: dinero e influencia social. Prácticamente los mismos requisitos que necesitaban las damas de la Europa ilustrada para regentar un salón y convertirse en *salonnières*.

Por el contrario, en ámbitos más democráticos y accesibles a todos, nos encontramos desde los clubes de lectura a los recitales de poesía, especialmente difundidos a raíz del movimiento *poetry slam* (batalla poética), en el que la poesía en vivo se complementa con veladas literarias o lecturas conjuntas.

Como propuesta para futuras líneas de investigación sobre los salones literarios, podríamos sugerir un estudio más profundo sobre el protagonismo de la mujer en la sociedad y cultura del siglo XVIII o una investigación que acometiese, de forma monográfica, la influencia de los salones literarios en la evolución del lenguaje de la época; algo que, de momento, debido a los escasos estudios al respecto, es más una utopía que un proyecto factible.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACADEMIE FRANÇAISE. (2016). *Les missions de l'institution*. [en línea]. Consultado en: <<http://www.academie-francaise.fr/linstitution/les-missions>>

ACEREDA, A. (1998). *Una figura relegada de la Ilustración: la Marquesa de Fuente Hija y su Elogio de la reina (1798)*. Arizona State University

ANÓNIMO. (2006). *Chattering classes*. En: The Economist [en línea]. 19 de diciembre de 2006. [Fecha de consulta: 30/5/2016]. Disponible en: <<http://www.economist.com/node/8345491>>

ARONSON, N. (1988). *Madame de Rambouillet ou La magicienne de la chambre bleu*. Paris: Fayard.

BEASLEY, F. E. (2006). *Salons, history and the creation of seventeenth-century France*. Inglaterra: Ashgate.

BIBLIOTECA NACIONAL. (s.f.). El Censor. En: *Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional*. [Fecha de consulta: 5/7/2016]. Recuperado de: <<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003829198&lang=ga>>.

BIBLIOTECA NAZIONALE CENTRALE. (2004). *The British in Florence*. En: Grand Tour [en línea]. [Fecha de consulta: 3/7/2016]. Disponible en: <http://grandtour.bncf.firenze.sbn.it/tale/a-region-recounted/a-journey-through-customs/the-british-in-florence?set_language=en&cl=en>

BLOM, P. (2012). *Gente peligrosa*. Barcelona: Editorial Anagrama.

BURKE, P. (1996). *Hablar y callar*. Barcelona: Editorial Gedisa.

CHAURAND, J. (1972). *Histoire de la langue française*. Paris: Presses universitaires de France.

CHESTERFIELD, L. (2006). *Cartas a su hijo*. Barcelona: Acantilado.

CLARK COLLEGE. (s.f.). *Women in the enlightenment age*. [en línea]. Washington. [Fecha de consulta: 30/5/2016]. Disponible en: <http://web.clark.edu/afisher/HIST253/lecture_text/WomenEnlightenmentAge.pdf>

COCKBURN, A. (1900). *Letters and Memoire of her own life*. Recuperado de <https://archive.org/stream/lettersandmemoi00douggoog#page/n8/mode/2up>

CRAVERI, B. (2003). *La cultura de la conversación*. Madrid: Siruela.

—. (2005). *Madame du Deffand y su mundo*. Madrid: Siruela.

CRIADO, L. (s.f.). *El papel de la mujer como ciudadana en el siglo XVIII: La educación y lo privado*. Granada: Universidad de Granada.

DALTON, S. (2003). *Engendering the Republic of Letters*. Canadá: McGill-Queen's University Press.

DARNTON, R. (2006). *El negocio de la Ilustración*. México: Librería.

DECOURS, C. (2013). *Juliette Récamier. L'art de la seduction*. Paris: Perrin.

DEMERSON, P. (1975). *María Francisca de Sales Portocarrero, condesa de Montijo. Una figura de la Ilustración*. Madrid: Editorial Nacional.

D'EZIO, M. *Hester Lynch Thrale Piozzi: British diarist, author, and patron of the arts, 1741-1821*. En: *Women Writers* [en línea]. Junio de 2013. University Roma Tre [Fecha de consulta: 23/5/2016]. Disponible en: <http://www.womenwriters.nl/index.php/Hester_Lynch_Thrale_Piozzi >

DICTIONNAIRE LITTRÉ. (s.f.). Salon. En: *Dictionnaire Littré*. Recuperado de: <<http://www.littre.org/definition/salon>>

ENCYCLOPEDIA OF WORLD BIOGRAPHY. (2004). Aspasia. En: *Encyclopedia of World Biography*. Recuperado de: <<http://www.encyclopedia.com/topic/Aspasia.aspx>>

ESPACE FRANÇAIS. (2012). *Lumière sur ... Être «honnête homme» au XVII siècle*. [en línea]. 18 de junio de 2012. [Fecha de consulta: 23/5/2016] Disponible en: <<http://www.espacefrancais.com/etre-honnete-homme-au-xviie-siecle/>>

FEIJOO, B. J. (1765). *Teatro crítico universal*. Madrid: La Gaceta.

FERNÁNDEZ, V. (2009). "De los salones literarios a las comunidades virtuales". *Perspectiva la comunicación*, Vol. 2. pp. 90-98.

FUMAROLI, M. (1991). *Cuando Europa hablaba francés*. Barcelona: Acantilado.

HAHN, B. (2009). Henriette Herz. En: *Jewish Women: A comprehensive historical Encyclopedia* [en línea]. [Fecha de consulta: 23/6/2016]. Recuperado de: <<http://jwa.org/encyclopedia/article/herz-henriette>>

HELLER, D. (Ed). (2015). *Bluestockings now! The evolution of a social role*. Reino Unido: Routledge.

HERWIG, M. (2007). *Phoenix from the Flames: Weimar's Duchess Anna Amalia Library Re-Opens*. En: Spiegel [en línea]. 22 de octubre de 2007. [Fecha de consulta: 22/6/2016] Disponible en: <<http://www.spiegel.de/international/germany/phoenix-from-the-flames-weimar-s-duchess-anna-amalia-library-re-opens-a-512782.html>>

HEYMAN, N., MOONJEAN, H. (productores) y FREARS, S. (director). (1988). *Las amistades peligrosas* (película). Reino Unido: Warner Bros.

IM HOF, U. (1993). *La Europa de la Ilustración*. Barcelona: Crítica.

KLASSIK STIFTUNG WEIMAR. (s.f.) *Herzogin Anna Amalia Bibliothek*. En: Klassik Stiftung Weimar [en línea]. [Fecha de consulta: 18/6/2016]. Disponible en: <<https://www.klassik-stiftung.de/en/institutions/herzogin-anna-amalia-bibliothek/>>

KREYE, A. *Salon Culture: network of ideas*. En: Edge [en línea]. 10 de febrero de 2014. [Fecha de consulta: 30/5/2016]. Disponible en: <https://www.edge.org/conversation/andrian_kreye-salon-culture-network-of-ideas>

LATASTE, J. (s.f.). *Port-Royal*. En: Enciclopedia Católica Online [en línea]. [Fecha de consulta: 21/6/2016] Disponible en: <http://ec.aciprensa.com/wiki/Port_Royal>

LEÓN, V. (1989). *La Europa ilustrada*. Madrid: Ediciones Istmo.

LEXICOOL. Traductor en línea. En: <http://www.lexicool.com/diccionario-traduccion-frances.asp>

MARTÍN, PÉREZ, C. (2009). *Manual y espejo de cortesanos*. Recuperado de <http://es.slideshare.net/ninfaacevedomayta/manualyespejo-el-perfecto>

MELIKIAN, S. *The 'Bluestocking Circle' and the fight for women's rights in literary salons*. En: The New York Times [en línea]. 29 de mayo de 2008. [Fecha de consulta: 31/5/2016]. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2008/05/31/arts/31iht-melik31.1.13311827.html?_r=1>

MOLINA, A. (2013). *Mujeres y hombres en la España ilustrada*. Madrid: Ediciones Cátedra.

MUSÉE NATIONAL DE PORT-ROYAL DES CHAMPS. (2008-2016). *Port-Royal*. En: Musée National de Port-Royal des Champs [en línea]. Disponible en: <<http://www.port-royal-des-champs.eu/choisir-la-langue/espagnol.html>>

NEWMARK, C. (2003). *Carola Stern schildert das Leben der Johanna Schopenhauer Salonkultur in Weimar*. En: Berliner Zeitung [en línea]. 17 de noviembre de 2003. [Fecha de consulta: 23/6/2016] Disponible en: <<http://www.berliner-zeitung.de/carola-stern-schildert-das-leben-der-johanna-schopenhauer-salonkultur-in-weimar-15883424>>

OFFICIAL LANGUAGES AND BILINGUALISM INSTITUTE (OLBI). (s.f.). History of the French language. En: Site for Language Management in Canada. University of Ottawa [en línea]. [Fecha de consulta: 12/5/2016]. Disponible en: <https://slmc.uottawa.ca/?q=french_history#s4>

ORTEGA Y GASSET, J. (2007). *Misión de la Universidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.

PRENDERGAST, A. (2015). *Literary Salons Across Britain and Ireland in the Long Eighteenth Century*. Reino Unido: Pelgrave Macmillan.

PÉREZ, CANTÓ, P., MÓ, ROMERO, E. (2005). "Las mujeres en los espacios ilustrados". *Signos históricos*, Nº 13, pp. 43-69.

RASSAM, O., HAUSMAN, M. (productores) y FORMAN, M. (director). (1989). *Valmont* (película). Reino Unido y Francia: Renn Productions / Timothy Burrill Productions.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2001). Diccionario de la lengua española (22.a ed.). Consultado en <http://www.rae.es/rae.html>

ROCA-FERRER, X. (2015). *Madame de Staël. La baronesa de la libertad*. Córdoba: Berenice.

SANTAYANA, G. (1905). *The life of reason*. Recuperado de <https://archive.org/details/lifeofreasonorph01sant>

SCOTTISH GOVERNMENT. (s.f.). *Alison Rutherford*. En: Educational Scotland. Foghlam Alba [en línea]. [Fecha de consulta: 22/6/2016] Disponible en: <<http://www.educationscotland.gov.uk/scottishenlightenment/alisonrutherford/learnmore.asp>>

STAËL, M.D. (2007). *Diez años de destierro*. Barcelona: Lumen.

SZULC, T. (1998). *Chopin in Paris: The Life and Times of the Romantic Composer*. New York: Scribner.

THE EDITORS OF ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA. (s.f.). Bluestocking. En: *Encyclopaedia Britannica* [en línea]. [Fecha de consulta: 31/5/2016]. Recuperado de: <<http://global.britannica.com/topic/Bluestocking-British-literary-society>>

THE ECONOMIST. (2006). *Chattering classes*. En: The Economist [en línea]. 19 de diciembre de 2006. [Fecha de consulta: 9/6/2016]. Disponible en: <<http://www.economist.com/node/8345491>>

TRUEMAN, C., N. (2015). *Cardinal Richelieu*. En: The History Learning Site [en línea]. 17 de marzo de 2015. [Fecha de consulta: 12/7/2016]. Disponible en: <<http://www.historylearningsite.co.uk/france-in-the-seventeenth-century/cardinal-richelieu/>>

VANGELISTA, M. (2013). *Countess Albrizzi's Venetian Salon, with Foscolo, Canova, and Byron*. En: Letters from the exile- Italy and the fatal gift of beauty [en línea]. 21 de febrero de 2013. Disponible en: <<https://byronico.com/2013/02/21/countess-albrizzis-venetian-salon-with-foscolo-canova-and-byron/>>

VON DER HEYDEN-RYNSCH, V. (1998). *Los salones europeos*. Barcelona: Ediciones Península.

VON WARTBURG, W. (1962). *Evolución y estructura de la lengua francesa*. Madrid: Editorial Gredos.

VOSSLER, K. (1955). *Cultura y lengua de Francia*. Argentina: Editorial Losada.